

Las discusiones actuales de la teoría feminista*

Mary G. Dietz

Introducción

Antes de evaluar las discusiones actuales en el ámbito de la teorización feminista académica, es importante reconocer que el feminismo es un movimiento históricamente constituido, local y mundial, social y político que posee un objetivo de emancipación y un contenido normativo. Plantea la existencia de un sujeto (las mujeres), identifica un problema (la sujeción y reificación de las mujeres a partir de las relaciones de género) y expresa varias intenciones (acabar con las relaciones de dominación, terminar con la discriminación sexual, asegurar la liberación sexual de las mujeres, luchar a favor de sus derechos e intereses, crear “conciencia”, transformar las estructuras institucionales y legales, introducir una perspectiva de género en la concepción de la democracia) en nombre de principios específicos (la igualdad, los derechos, la autonomía, la dignidad, la realización propia, el reconocimiento, el respeto, la justicia, la libertad). Como movimiento histórico, el feminismo está enfocado a la coordinación de acciones y a la transformación social, así como al cuestionamiento de las condiciones existentes y las relaciones de poder, con la intención no sólo de interpretar, sino de cambiar el mundo. En consecuencia, los debates filosóficos y analíticos que surgen de la teorización feminista son inevitablemente políticos (no son sólo filosóficos), en tanto todo proyecto de emancipación que tenga como meta la libertad debe realizar un análisis histórico y teórico del poder, y todo proyecto teórico que surja de contextos de acción materiales y reales debe dirigirse a las dimensiones políticas y éticas de la transformación y el cambio. Ante la diversificación mundial del movimiento feminista durante los últimos veinte años, la teoría feminista occidental (una categoría

* Publicado originalmente en *Annual Review of Political Science*, vol. 6, junio de 2003.

problemática en sí misma) se ha visto forzada o alentada a ir más allá de las limitaciones de las propuestas de la segunda ola —angloamericanas, del Norte occidental— que no habían tomado en cuenta las historias de las mujeres que no pertenecían a Occidente, ni el trabajo de académicas africanas, sudasiáticas y centroeuropeas. En consecuencia, al dirigirse a las mujeres del mundo, y en sus manifestaciones más saludables, la teoría feminista contemporánea se está volviendo menos irreflexivamente occidental y más concienzudamente occidental, más internacional, más comparativa y más democrática en sus esfuerzos por comprender las complejidades de las culturas humanas, los órdenes sociales y sus prácticas. Sin embargo, al mismo tiempo, el conflicto de interpretaciones que parece ser un aspecto permanente de la teoría feminista actual no ha producido nada parecido a una sincronización fluida con el movimiento social y político denominado feminismo, en ninguno de los lugares del mundo en los que se practica.

En la academia, durante las últimas dos décadas, la teoría feminista se ha transformado de manera sustancial a la luz de una amplia gama de discursos intelectuales y filosóficos y nuevos enfoques teóricos. Las controversias teóricas feministas han ido mucho más allá de los términos ideológicos “liberal”, “socialista” y “radical” que acostumbraban enmarcarlas (Jaggar 1983; Tong 1989). Por supuesto, la teoría feminista y los estudios de género forman parte de esta gama de nuevos enfoques teóricos, pero una característica notable de la teoría feminista ha sido su capacidad táctica para apropiarse y desplegar varios métodos y teorías, a menudo irreconciliables, mientras discurre sobre su propio tema. Estas teorías provienen de diversas corrientes de la crítica contemporánea e incluyen la teoría crítica, la ética del discurso, la fenomenología, la desconstrucción, la genealogía, el postestructuralismo, la teoría poscolonial, el psicoanálisis, la semiótica, los estudios culturales, el análisis del lenguaje, el pragmatismo, el neomarxismo y el posmarxismo. Muchas teóricas feministas arman combinaciones ingeniosas de estos discursos y métodos y crean sus propias posturas híbridas críticas e interpretativas; pero sería un error suponer (y nada aconsejable desear) que sus diversas posturas se reúnen en última instancia y de manera coherente bajo el adjetivo “feminista” como una categoría unitaria. Por ejemplo, hoy en día no existe un acuerdo sobre el significado y estatus de los conceptos “mujer” e “identidad de género”; ni siquiera hay consenso sobre la mejor manera de apropiarse del género para que sea una categoría útil de análisis (Scott 1988a; Nicholson 1994; Carver 1996). Por lo tanto, lo que realmente conocemos con la rúbrica de “teoría feminista” es un campo de investigación

que tiene muchas facetas, controvertido en su discurso y que no promete resolverse en ningún tipo de consenso programático ni converger en ningún tipo de terreno conceptual compartido. Ya sea que, en el largo plazo, resulte ser una situación positiva o no, el hecho es que habla con claridad del dinamismo y la vitalidad que caracterizan hoy en día al feminismo.

La construcción del estatus del “género”

A pesar del sinnúmero de divergencias existentes al interior del feminismo académico, parecería que su elaboración teórica ha partido desde mediados de los años setenta de una estrategia conceptual general: la articulación del género como un fenómeno separado de los argumentos biológicos sobre la diferencia sexual natural entre mujeres y hombres, a la vez que relacionado con éstos. El segundo enfoque es un subproducto de la fisiología de la reproducción de los siglos XVIII y XIX, que situaba la diferencia sexual en la anatomía de hombres y mujeres (Schiebinger 1989; Laquer 1990). Separar el concepto de género de la variable dicotómica del sexo biológico, terminar con su sinonimia, fue una de las características de la filosofía feminista de la segunda ola y del trabajo de investigación realizado por las ciencias sociales desde la celebrada aseveración de Simone de Beauvoir (1949): “no se nace mujer, se llega a serlo”. Dentro de la investigación en ciencias sociales, la primera articulación sistemática del género como una categoría formal de análisis feminista crítico apareció en la descripción antropológica, de tendencia estructuralista, de un “sistema de sexo/género” elaborada por Gayle Rubin (1975). Basándose en Freud, Lévi-Strauss y Lacan, Rubin dio cuenta de ciertos mecanismos culturales e institucionales que transforman a mujeres y hombres biológicos en una jerarquía de género (con el corolario de una disposición heterosexual) que subordina a las mujeres. Lo importante aquí es la premisa operativa que se halla detrás de este momento particular de la evolución del feminismo analítico. Como resume Lovendiski, “el sexo y el género son analíticamente distintos, el género es relacional y el concepto de sexo no tiene significado excepto cuando se entiende en el contexto de las relaciones de género” (1998: 337).

Es difícil sobreestimar la significación política que ha tenido dicha innovación conceptual en cuanto al género: la relación supuestamente natural entre “hombres y mujeres” podría ya elaborarse teóricamente como el producto de procesos sociales, culturales, históricos y discursivos específicos, un desplazamiento que cuestiona tanto el concepto de naturalidad, como el significado de construcción social (Butler 1987, 1990; Nicholson 1990). Ade-

más, el sistema de sexo/género que representaba esta relación considerada natural hasta entonces, ahora podía teorizarse como una condición social constituida por las relaciones de poder, y, por lo tanto, abierta a la crítica y a la posibilidad de cambio. Aunque no todas las modalidades de la teorización feminista abandonaron los argumentos biológicos fundacionistas o esencialistas, el marco “constructivista social” para comprender el género se volvió parte integral de los discursos feministas contemporáneos y de los programas de investigación en las ciencias sociales (Chodorow 1978; Gilligan 1982; Ferguson 1984; Keller 1984; Fausto-Sterling 1985; Klein 1986; Scott 1988a; MacKinnon 1989), así como de la interpretación de la teoría política y la filosofía occidentales (Okin 1978; Elshtain 1981; Pitkin 1984; Brown 1988; Di Stefano 1991; Coole 1993; Lloyd 1993). Sin embargo, a pesar de los refinamientos alcanzados por la noción de género como una construcción social constituida por una cultura (un sistema o una estructura específica de relaciones) y constitutiva de ésta, en la teoría feminista, el concepto sigue siendo, como escribe Butler (1990: 16) “una complejidad cuya totalidad siempre se ve diferida, y no es nunca completamente lo que es, en un momento dado”. De hecho, a pesar del giro constructivista y la proliferación de “estudios de género”, las teóricas feministas hoy en día, en general, y a menudo de manera radical, no están de acuerdo con las implicaciones prácticas-normativas del uso del “género” como, por un lado, una configuración binaria de lo masculino/femenino o de hombre/mujer enraizada en la idea del sexo o de la diferencia sexual ni, por otro lado, como un proceso o un efecto del discurso que está en producción constante y por lo tanto es cambiante y fluido. Las diversas formulaciones sobre el género y el sexo, así como su relación con la diferencia, que empezaron a aparecer en la década de los ochenta, llevaron a la teoría feminista hacia lo que se consideró una “crisis de identidad” dentro del campo (Alcoff 1998).

Desde el género hacia la subjetividad: la controversia sobre las “mujeres”

En un contexto políticamente volátil y filosóficamente diversificado, tal vez el tema más apremiante en la teoría feminista durante la década de los ochenta y los noventa fue cómo construir el sujeto del feminismo bajo la categoría de la mujer o de las mujeres, y si valía la pena hacerlo. En realidad, de todas las preocupaciones que han acompañado la conceptualización del género durante las dos últimas décadas, ninguna ha producido mayores divisiones teóricas que el esfuerzo por repensar el significado de la diferencia de género, o la idea de lo femenino dentro de la diferencia sexual, como un fenómeno

social, histórico, cultural y psicosimbólico. La controversia puede enmarcarse en la forma de dos preguntas: ¿existe un concepto coherente de mujer previo a la elaboración de los intereses o puntos de vista de las mujeres, o un concepto de lo femenino que funcione como un inconsciente simbólico? Y si es así, ¿qué identidad o significado epistemológico se adhiere a tales conceptos de la subjetividad?

Para esquematizar, podemos presentar la controversia actual sobre la mujer (o “el sujeto”) desde las tres perspectivas dominantes, elaboradas durante las últimas dos décadas de teorización feminista: el feminismo de la diferencia, que se divide a su vez en “social” y “simbólico”; el feminismo de la diversidad y el feminismo desconstruccionista. El feminismo de la diferencia, ya sea el social o el simbólico, tiene como interés la revaloración de “las mujeres” o lo femenino con el fin de establecer un relato positivo del lado femenino del binomio del género o del aspecto femenino de la diferencia sexual. Ambas formas del feminismo de la diferencia teorizan sobre la tenacidad de la identidad de género como diferencia masculino / femenino y sitúan la subordinación de las mujeres o la represión de su capacidad de acción dentro de un sistema social o simbólico de bifurcación genérica asentada en las relaciones psicológicas o las estructuras psíquicas. Ambas apelan, aunque con énfasis diferentes, al cuerpo femenino, lo maternal, o a la opresión universal de las mujeres como un medio privilegiado de acceso a formas de conocimiento o de ser / hablar al interior del sistema patriarcal.

Sobre todo en oposición al feminismo de la diferencia social, el feminismo de la diversidad cuestiona, tanto filosófica como políticamente, la noción de un sujeto femenino y la coherencia misma del concepto de “mujer”. El feminismo de la diversidad complejiza y multiplica el concepto al considerar la raza, la clase, la etnicidad, la sexualidad y otras categorías identitarias de adscripción. En efecto, el feminismo de la diversidad cuestiona la primacía de la diferencia sexual o de género y su omisión de otras formas colectivas de diferencia e identidad.

El feminismo desconstruccionista argumenta a favor del desmantelamiento total de las polaridades inhibitorias del género: masculino / femenino. Esta perspectiva rechaza cualquier idea de un sujeto femenino previo, asentado en un cuerpo presexuado, cualquier concepto de “la mujer” como fundamento de una política feminista, o cualquier concepción de la diferencia sexual que represente lo femenino o una supuesta heterosexualidad como el *locus* privilegiado de la ética o la existencia. Desde esta perspectiva, ni el sexo ni el cuerpo son animales, pasivos o dados, sino que constituyen

sistemas de significado, significación, realización, reiteración y representación. Así, en vez de inscribir el sexo como una categoría esencial, biológica o psíquicamente fundacional y el género como una construcción social, el feminismo desconstruccionista rechaza de entrada la oposición entre sexo y género, esencialismo y constructivismo.

Por supuesto, y dada la multiplicidad académica de la teoría feminista, existen importantes variaciones teóricas, no sólo al interior del feminismo de la diferencia, sino también al interior de los feminismos de la diversidad y desconstruccionista. De hecho, los esfuerzos para nombrar, categorizar y revisar las alternativas se han convertido en una pequeña industria de la literatura sobre el tema (por ejemplo: Echols 1983; Harding 1987a; Moi 1987; Alcoff 1988; Hawkesworth 1989; Snitow 1989; Braidotti 1991, 1994; Ferguson 1991; Grant 1993; Grosz 1994; Coole 1994; Nicholson 1994; Fraser 1997; Arneil 1999; Kruks 2001). (La teoría feminista está extremadamente consciente de sí misma.) Sin embargo, lo que está en juego en estos debates es tan práctico y político como categórico, analítico y filosófico. Así, en palabras de Butler: "Durante el transcurso de este proceso que cuestiona el hecho de que 'las mujeres' sean el sujeto del feminismo, la invocación no problematizada de dicha categoría podría *excluir* la posibilidad del feminismo como una política de la representación" (1990: 5). O, como se pregunta Nicholson retóricamente: "¿No requiere la política feminista que la categoría *mujer* tenga cierto significado determinado?" (1994:100). Por lo tanto, las controversias sobre la diferencia sexual, la identidad de género y el concepto de mujer en la teoría feminista, así como la política de las perspectivas de la diferencia, la diversidad y la desconstruccionista, requieren un examen más meticuloso.

El problema de la subjetividad en el feminismo: las teorías de la diferencia

Una de las controversias fundamentales de la teoría feminista se refiere a la confusión relativa a la teorización del género o la "diferencia" sexual. Cualquier esfuerzo para aprehender el sentido de este término debe comenzar con el reconocimiento de dos abordajes separados, aunque relacionados indirectamente, del campo. El primer abordaje es el feminismo de la diferencia social de teóricas angloamericanas, sobre todo, que entienden el género desde su construcción social o psicológica y a menudo se apoyan en descripciones empíricas de la evolución del género y la internalización de normas. La segunda perspectiva es el feminismo de la diferencia simbólica de teóricas, principalmente, francesas cuyos proyectos comenzaron con el psicoanálisis,

y con la exploración de los efectos que la diferencia sexual tiene sobre los ámbitos del inconsciente, lo simbólico y el imaginario. Como señala Zakin (2000: 22), estas dos lógicas del feminismo de la diferencia no tienen que ser inconmensurables, pero tienden a operar en campos diferentes de la realidad (histórica-material y simbólica-psíquica) que rara vez se superponen en el nivel del comentario crítico en la teoría feminista (aunque véase Eisenstein y Jardine 1980; Meyers 1992; Butler 1994; Zakin 2000). De modo que no es sorprendente que la controversia sobre la “diferencia” se bifurque en dos literaturas separadas: las feministas de la diversidad responden sobre todo al feminismo de la diferencia social y las feministas desconstruccionistas responden principalmente al feminismo de la diferencia simbólica.

Feminismo de la diferencia I:

el género como realidad social y punto de vista feminista

El contexto discursivo dominante de la teorización feminista angloamericana de fines de la década de los setenta y comienzos de los años ochenta se construyó a partir del feminismo de la segunda ola, incluyendo el feminismo existencial de De Beauvoir (1949), el feminismo liberal de Friedan (1963), el feminismo radical de Millet (1970), el feminismo socialista-marxista de Rowbotham (1972), el feminismo psicoanalítico de Mitchell (1973) y otras escritoras de la “liberación de la mujer” de los años sesenta y principios de los setenta. En respuesta a los conceptos y categorías dominantes de dichas elaboraciones teóricas (por ejemplo, patriarcado, androginia, misoginia, concientización, sororidad), a las críticas socialistas-feministas del patriarcado capitalista y de la teoría de los “sistemas duales” (Young 1981), y las proclamas radicales estilo Simone de Beauvoir sobre la crianza de los hijos, la vida en familia y el papel de esposa y madre como el *locus* de la opresión de las mujeres, emergió una nueva perspectiva sobre “la cuestión de las mujeres”. Ahora contamos con una serie de términos para identificarla: teoría del punto de vista feminista, epistemología del punto de vista, feminismo cultural, feminismo social, feminismo ginocéntrico, teoría centrada en la mujer y teoría de la diferencia. El feminismo de la diferencia social presenta reflexiones tomadas del materialismo histórico dialéctico y marxista, o sus combinaciones (O’Brien 1981; Hartsock 1983; MacKinnon 1983); la escuela de relaciones objetales de la teoría psicoanalítica (Chodorow 1978; Flax 1980; Hartsock 1983); el análisis cognitivo del desarrollo y la psicología moral (Gilligan 1982); la psicología social y la sociología situacional (Miller 1976; Smith 1987); las ciencias sociales interpretativas (Rose 1983; Harding 1986), y

los trabajos sobre espiritualidad y esencia corporal (Rich 1976; Daly 1978). El objetivo colectivo de estas teóricas es que el feminismo asentado en las realidades de las vidas de las mujeres y en las formas de conocer o ser que fluyen de las experiencias de las mujeres (Harding 1987b) o del cuerpo femenino (Rich 1976) se convierta en un tema central.

El recuento más sistemático de la epistemología del feminismo de la diferencia social es el de Hartsock (1983, 1987), con quien se asocia más estrechamente la frase “punto de vista feminista”. La idea de un punto de vista feminista (o feminismo del punto de vista) se convirtió en un icono o, para parafrasear a MacKinnon (1987: 151), un término epistémico del arte para un sector de la teoría feminista académica. Al elaborar la postura feminista, Hartsock (1983, 1987) propone *a*) una tesis histórico-materialista en deuda con Marx, aunque dirigida al análisis del género en vez de la clase social, y *b*) una psicología de relaciones objetales influida por Chodorow (1978) y Flax (1980) que propone un yo distintivamente femenino sintonizado con la conexión y no con la separación, con la continuidad más que con la disociación y con el conocimiento relacional más que con la razón abstracta. De este modo, Hartsock señala una diferencia estructural profunda entre las “realidades vividas” de las mujeres y las de los hombres en una sociedad estructurada por la heterosexualidad obligatoria y la dominación masculina. Dentro de este marco materialista, Hartsock (1987: 164) encuentra una consecuencia epistemológica: el “doble aspecto” de las vidas de las mujeres es la base de una específica “comprensión de las relaciones sociales” y una “privilegiada posición de ventaja sobre la supremacía masculina”, que puede servir como fundamento para una crítica incisiva de las instituciones y la ideología falocráticas que constituyen la forma capitalista del patriarcado. La tarea del feminismo es revalorar la experiencia de las mujeres, buscar “hilos comunes que conecten las diversas experiencias de las mujeres” y articular un punto de vista que ofrezca “la posibilidad de una comunidad completamente humana”, asentado todo en un análisis de los derechos de las mujeres al conocimiento (Hartsock 1987: 174-175; también Harding 1987b, 1991).

A pesar de las divergencias entre los recuentos biológicos, por un lado, y las explicaciones psicológicas, sociales o culturales de los elementos comunes entre las mujeres, por otro, las feministas de la diferencia social comparten tres estrategias teóricas que vale la pena señalar. Primero, en el nivel de la teoría social, todas las perspectivas de la diferencia incorporan al proyecto feminista una epistemología implícita dirigida en gran parte a acceder a la

verdadera (aunque no biológica) naturaleza y realidad social de las mujeres. Segundo, en el nivel del análisis conceptual, todas las teóricas de la diferencia social presuponen la coherencia de una descripción de la identidad de género asentada en la diferencia entre los dos sexos, sin que importe cómo llegaron allí; en otras palabras, para el feminismo de la diferencia social, las personas son preeminentemente masculinas o femeninas. El asunto es no cuestionar la realidad de esta formulación diádica o negar su lógica como un marco analítico, sino explorar sus significados sociales, morales y políticos y la manera en que estructura el poder. Según esta perspectiva teórica, para parafrasear a Adams y Minson (1990), lo masculino / femenino simplemente "marca el sexo siempre ya dado en la categoría de la humanidad". Tercero, el feminismo de la diferencia social no registra únicamente la diferencia entre las mujeres y los hombres, sino que moviliza la diferencia de género con el fin de iluminar con "claridad" (MacKinnon 1987: 57) los temas epistemológicos, para defender la superioridad de las formas de conocimiento de las mujeres o para reclamar su voz moral.

*Feminismo de la diferencia II:
la diferencia sexual y la estructura psicosimbólica*

El contexto discursivo dominante de la teorización feminista europea de la década de los ochenta se vio influido, en la academia, por el estructuralismo (Lévi-Strauss), el psicoanálisis (Lacan), el postestructuralismo (Foucault, Deleuze) y la desconstrucción (Lyotard, Derrida), así como por las formas radicales de la práctica en la esfera política europea (Fraser y Barky 1992). Juntas, estas fuerzas produjeron en la teoría feminista un complejo único de posturas llamadas feminismo francés, asociado principalmente con los escritos filosóficos y literarios de Cixous (1976), Irigaray (1985a, b, 1993), Le Doeuff (1989) y Kristeva (1980, 1982, 1984), aunque también surgieron otras pensadoras feministas importantes influidas por los enfoques posmarxistas (por ejemplo, Wittig 1976, 1980; Plaza 1978; Delphy 1984). Durante las dos últimas décadas, el feminismo francés ha recibido amplia atención de la filosofía feminista anglófona y de los estudios literarios, culturales y cinematográficos. Se ha publicado un gran número de libros dedicados a comentarios críticos sobre los textos psicoanalíticos feministas franceses y a aplicaciones interpretativas (por ejemplo, Marks y de Courtivron 1980; Gallop 1982; de Lauretis 1987; Moi 1987; Spivak 1988; Brennan 1989; Butler 1990; Whitford 1991; Braidotti 1991, 1994; Cornell 199, 1995; Fraser y Bartky 1992; Grosz 1989, 1994; Burke *et al.* 1994; Zerilli 1994; Deutscher 1997). El feminismo

francés tiene mucho en común con el feminismo desconstruccionista (sobre todo en su visión de la identidad sexual como un fenómeno mediado por la lengua o el discurso); pero su compromiso con el concepto de diferencia sexual irreductible garantiza su inclusión en la categoría del feminismo de la diferencia, a pesar de sus diversas estrategias de desplazamiento.

Un aspecto distintivo del feminismo francés, especialmente en los escritos de Kristeva y en los de Irigaray (de mayor influencia), es la tenacidad con la que se aferra a la diferencia sexual como un concepto ante todo crítico-analítico y a una ontología fundamental de la existencia humana. Apropiándose y subvirtiendo de manera simultánea las categorías lacanianas de “orden simbólico” (o la “Ley del Padre”), el “imaginario” y la *jouissance*, Kristeva (1980) localiza la diferencia sexual en la zona semiótica (femenina) de lo preverbal, el cuerpo materno pre-edípico, los momentos de vinculación entre madre e hijo/a y los ritmos maternos que preceden a la zona (masculina) del orden simbólico, en la que el deseo del niño por la madre se reprime totalmente. Kristeva (1984, 1986) estructura lo simbólico y lo semiótico para marcar formas lingüísticas sexualmente diferenciadas; el primero mantiene conexiones lógicas y es lineal, pero el segundo “marca un punto de resistencia ante la autoridad cultural paternalmente codificada”, no está limitado por las leyes de la lingüística y está conectado con la expresión de los impulsos libidinales (Fraser 1992: 187). Así, en las raíces psíquicas inconscientes del poder patriarcal, Kristeva (1986: 294) identifica a una “disidente” transgresora encarnada en la Mujer como el signo de lo femenino, aunque no en las mujeres como seres sociales, reales, históricamente situadas. A este respecto, la concepción de Kristeva sobre la subjetividad femenina se mantiene “firme en la interfase entre lo psíquico y lo político” (Braidotti 1991: 231), involucrada en una subversión poética perpetua del código lógico-simbólico falogocéntrico.

Si el pensamiento de Kristeva exhibe el poder del relato psicoanalítico feminista francés sobre la tenacidad del sexo, entonces la escritura de Irigaray ejemplifica la insistencia continuada del feminismo francés en “la naturaleza fundamental y, de hecho, el estatus de infraestructura de la diferencia sexual en referencia a la existencia humana como un todo” (Cheah y Grosz 1998: 3-4). Dentro de esta postura, Irigaray (1985b: 136) explora la especificidad de la mujer simbólicamente como “ser dos” (“no Uno”). Invoca la figura metonímica del sexo semiabierto, cuyos labios desplazan al significativo fálico para convertirse en la base que permite imaginarse “hablando (como) debiera una mujer” (*parler femme*), en contra del orden

simbólico. En el centro de esta maniobra psicolingüística, se halla la diferencia sexual entre mujer y hombre, o lo que Irigaray llama los diferentes modos de articulación “entre el deseo y el lenguaje femenino y masculino” (1985b: 136). Como Kristeva, Irigaray (1985b: 110, 134) quiere modelar un nuevo tipo de intercambio lingüístico, una “sintaxis femenina” que ya no privilegiaría la “unicidad” o “alguna distinción de identidades”, sino que se articularía en el inconsciente como el juego de la metonimia. Los primeros trabajos de Irigaray estuvieron, por lo tanto, dirigidos a la teorización de lo femenino y a hablar el cuerpo de la mujer no como “esencias” ya dadas, sino como categorías utópicas que apuntan hacia, o bien inauguran, un futuro dentro del lenguaje y la inteligibilidad. Su trabajo más reciente (Irigaray 1993, 1996) se ha desplazado desde lo femenino en la diferencia sexual a la diferencia sexual misma, o a “la figura de ser dos”, en un esfuerzo por repensar los derechos y la ética. Para Irigaray (1993: 13-14; 1994, 1996), “la pareja fecunda” de la diferencia sexual, como “un intervalo generativo”, es una categoría analítica que sirve para criticar la opresión de género y la globalización neocolonial (Berger 1998; Fermon 1998), y que permite la diseminación de nuevos valores y la transfiguración de la vida cultural y sociopolítica (Schwab 1998).

“El tema que simplemente se niega a desaparecer”: esencialismo y diferencia

No hay una cuestión filosófica más persistente dentro del problema de la subjetividad de la teoría feminista que el esencialismo, “el tema que simplemente se niega a desaparecer”, en parte porque su posición dentro del feminismo no puede resolverse con facilidad (Fuss 1992; 95, 1989; Heyes 2000). Las dos corrientes del feminismo de la diferencia han tenido que enfrentar la cuestión del esencialismo en forma de preguntas acerca de la posibilidad o deseabilidad de adelantar un concepto colectivo de “las mujeres”, valorar un llamado simbólico a “lo femenino” o plantear “la diferencia sexual” irreductible, sin afirmar una sustancia metafísica odiosamente exclusiva o normalizadora, una forma de vida natural o una estructura profunda respecto de estas entidades. El tema es particularmente complicado porque, con unas cuantas excepciones (p.ej. Rich 1976 y Daly 1978), ni las feministas de la diferencia social ni las de la diferencia simbólica han recurrido a un concepto fundacional de la mujer esencial o declarado una diferencia innata entre las mujeres y los hombres. El feminismo de la diferencia social, pensemos lo que pensemos sobre sus esfuerzos por articular una identidad para las mujeres, se mantiene comprometido con el concepto de género

como una construcción y una condición social y psicológica (Alcoff 1988); y el feminismo de la diferencia simbólica —piénsese lo que se piense acerca de sus esfuerzos por asegurarle un espacio a lo femenino— sigue comprometido con el despliegue de la ironía, los tropos, los artilugios literarios y un esencialismo “estratégico” que se niega a someterse a las dicotomías del “falomorfismo” occidental, incluyendo la categoría binaria de esencia/ accidente (Fuss 1992: 108). A pesar de todo, estos compromisos no han salvado al feminismo de la diferencia social de las acusaciones de esencialismo (latente) y universalismo, lanzados por las teóricas de la diversidad (ver más abajo). Ni han rescatado al feminismo francés de los ataques referidos a su supuesto idealismo metafísico (Burke 1981; Moi 1985); su reduccionismo psicologista (Plaza 1978); su dependencia de una psicología política inadecuada y una bifurcación de género (freudiana) inhibidora (Leland 1992; Meyers 1992); su ahistoricidad estructuralista (Spivak 1988; Fraser 1992), y, en cuanto al tema de la diferencia sexual irreductible, su presunta heterosexualidad (Butler en Cheah y Grosz 1998). De este modo, proliferan intensos debates sobre “el riesgo de la esencia” en la teoría feminista, especialmente en la intersección entre los feminismos de la diferencia simbólica y el desconstruccionista.

La multiplicación del sujeto: el feminismo de la diversidad

La tendencia del feminismo de la diferencia social a apropiarse del concepto de “mujeres” como un término universal no problemático invita a que se lo acuse de esencialista, plantea el asunto de la exclusión y enciende la antorcha de la crisis de identidad dentro de la teoría feminista (Lugones y Spelman 1983; Alcoff 1988; Fraser y Nicholson 1990; Grant 1993). En una revisión de textos clásicos de la teoría feminista contemporánea, Spelman (1989) argumenta que, comenzando con De Beauvoir, el feminismo prestó poca atención a la etnicidad, la clase, la raza y cayó en las manos de presupuestos heterosexistas no analizados. Al presuponer que las vidas de las mujeres blancas, heterosexuales, de clase media son el paradigma para la situación de todas las mujeres, arguye Spelman, las corrientes dominantes de la teorización feminista no toman en cuenta la manera en que las construcciones sociales de raza, clase y sexualidad alteran profundamente el estatus de género, complican la identidad y, sobre todo, pluralizan y particularizan el significado de “mujeres”. Al parecer, el feminismo de la diferencia no pudo teorizar adecuadamente las diferencias entre las mujeres (Hekman 1999) o incorporar la diversidad cultural e histórica a la noción de punto de vista que se apoya filosóficamente en un “sujeto hablante que es una mujer indi-

vidual, autónoma y consciente de sí misma” (Alarcón 1990: 363). Así, en el nivel de las políticas prácticas y la organización estratégica, la articulación que hace el feminismo de la diferencia social de la experiencia de las mujeres y el carácter cuasi prescriptivo de sus generalizaciones resulta limitado y reduccionista; privilegia no sólo a la raza blanca y la “conciencia”, sino que además sólo considera el género y excluye los demás ejes de dominación y opresión (Alarcón 1990; Fraser y Nicholson 1990). Cott (1986: 49) resume bien los dilemas conceptuales del feminismo de la diferencia social: “Reconoce la diversidad entre las mujeres a la vez que plantea que las mujeres reconocen su unidad. Requiere como fundamento una conciencia de género, pero exige la eliminación de roles de género impuestos”.

En respuesta a estas insuficiencias angloamericanas, comenzaron a tomar forma las redefiniciones de la subjetividad femenina en lo que Rich (1976) denomina una “política de la ubicación” y Kruks (2001: 86) llama más tarde “una política de la afirmación de la identidad” (el término genérico es “política de la identidad”). En ambos casos, las pensadoras feministas comenzaron a presionar al movimiento de mujeres existente y al “etnocentrismo clasista” (Alarcón 1990: 364) de la teoría feminista dominante, exigiendo reconocimiento, poder, respeto y voz para las mujeres de color (Moraga y Anzaldúa 1983; Lorde 1984; Trinh 1989; Anzaldúa y Keating 2002). La articulación de Collins (1991) de una “epistemología feminista afrocéntrica” o “punto de vista de las mujeres negras” es un intento sistemático para contrarrestar la blancura de la teoría feminista en nombre de una “política del empoderamiento” que se basa en el reconocimiento de la marginalidad y estatus de excluidas de las mujeres negras (ver también Hull *et al.* 1982; Smith 1983; hooks 1981, 1984, 1989, 1990; Carby 1987; Christian 1988). Las críticas a la “heterosexualidad obligatoria” (Rich 1983) y, más tarde, a la “matriz heterosexual” (Butler 1990) cuestionan aún más el estatus hegemónico de los conceptos de género y sexualidad planteados por el feminismo (de la diferencia) dominante (ver también Wittig 1976, 1980; Fuss 1989; Pelan 1989; Card 1995). La blancura y el etnocentrismo de las teorías feministas sobre el género, la diferencia sexual y la subjetividad —en Occidente— también caen bajo la mirada escrutadora de las teóricas de los estudios poscoloniales y del tercer mundo que tratan lo “subalterno” (Spivak 1988), cuestionan las prácticas de colonización (Alexander y Mohanty 1997) y analizan la producción de las mujeres como grupos socioeconómicos políticos en contextos locales e históricos específicos, con la idea de afirmar los procesos materiales y discursivos de formación de la identidad (Lazreg

1988; Mohanty *et al.* 1991). Finalmente, Haraway (1990: 201; 1991) se embarca en un cuestionamiento epistemológico y tecnológico de las teorías del punto de vista feminista, rechaza la noción de un solo punto de vista feminista y critica la “supresión no buscada de las diferencias polivocales, inasimilables y radicales” en el enfoque formulado por primera vez en el trabajo de Hartsock.

Dada la multiplicidad de visiones de los feminismos de la diversidad (que son tan teórica y metodológicamente variados como la diversidad que lideran), es difícil identificar un conjunto de características filosóficas o políticas que les permitan aglutinarse en un todo unificado. El enfoque de Collins (1991), por ejemplo, tiene mucho más en común con la teoría del punto de vista de Hartsock (1983) que con el constructo de Haraway sobre la identidad social como fragmentaria, contradictoria y no sustentada en el color de la piel, que se halla más cercana al feminismo desconstruccionista. La política de identidad cultural/grupal de Anzaldúa (1987) tiene poca relación con la crítica materialista histórica de Mohanty (1991: 51), que con vehemencia se distancia de “un sujeto monolítico individual” producido a partir de experiencias, compartidas de manera putativa, de subordinación, dependencia, opresión o victimización o a partir de una identidad grupal preconstituida.

Sin embargo, la perspectiva de la diversidad, por lo menos así como la construyo aquí, exhibe cuatro características clave: primero, le da al proyecto feminista un énfasis en las diferencias, las pluralidades, la heterogeneidad y la multiplicidad en la teorización sobre las mujeres, rechazando así la noción de un grupo unitario o una categoría genérica singular (y con mayor razón, una categoría genérica superior en cuanto a la experiencia o la moral). Segundo, hace hincapié en la condición situada, específica, históricamente encarnada del sujeto femenino, atendiendo sobre todo a las así llamadas identidades socioculturales basadas en la etnicidad, la religión, la sexualidad, la clase, el color, etc. Tercero, como parte de un proyecto político de empoderamiento, el feminismo de la diversidad invoca repetidamente a aquellas “otras” subyugadas y silenciadas que están desplazadas, marginadas, explotadas u oprimidas bajo estructuras de dominación que privilegian al sujeto blanco, masculino, heterosexual, eurocéntrico u occidental. Cuarto, para la perspectiva de la diversidad, la articulación, negociación y reconocimiento de identidades o subjetividades previamente sumergidas, negadas o desdeñadas (junto con una gama de diferencias politizadas no sólo enfocadas sobre las mujeres) son una tarea central de una política feminista de resistencia.

La teorización de las subjetividades desde un punto de vista epistemológico

Una secuela de estos feminismos de la diversidad es la entrada al escenario de la teoría feminista académica de un “conjunto de interrogantes epistemológicos y políticos” (Brown 1995: 43) en la forma de encuentros entre las feministas de la diferencia social y de la diversidad. Parafraseando a Haraway (1988) y a Hartsock (1997, 1998), el problema es cómo sostener de manera simultánea un relato radical y contingente de reclamos de conocimiento y sujetos concedores, disolviendo así el falso “nosotras” del punto de vista feminista, a la vez que se mantiene la solidaridad entre mujeres, a través de las diferencias, en nombre de un movimiento feminista de largo plazo o de amplio alcance. ¿Es posible incorporar un concepto de diferencias y diversidad sin ceder el terreno privilegiado (de la verdad) de “un punto de vista de las mujeres” o el concepto de la diferencia sexual? Como sostiene bell hooks (1989: 22-23), “el reconocimiento de las interconexiones entre el sexo, la raza y la clase subraya la diversidad de experiencias, llamando a la redefinición de los términos para la unidad”; pero el desafío sigue siendo determinar con exactitud qué es lo que necesita la redefinición.

Ante este problema, la teoría feminista se centró en la filosofía, en temas como el significado del yo, el sujeto y la subjetividad de género, así como el contenido de una epistemología feminista (e.g., Jaggar y Bordo 1989; Code 1991; Gunew 1991; Harding 1991, Alcoff y Potter 1993; Scheman 1993; Campbell 1998). En respuesta al desafío de Hekman (1997, 1999) de que la teoría del punto de vista trate la cuestión de las diferencias, por ejemplo, Hartsock (1997; 1998: 240-41), comienza a reformular su visión inicial en términos de la “multiplicidad y variedad real” de las epistemologías contenidas en la experiencia de los grupos dominados, y Collins (1997) apela a las “experiencias basadas en grupos”. El esfuerzo de Haraway (1988) por lograr una reconciliación con la teoría del punto de vista reemplaza una postura epistemológica unitaria y privilegiada por un concepto de “saberes situados” y “perspectivas parciales” diversos y comunicables (no necesariamente privilegiados). Benhabib (1992: 10-11) imagina un continuo ético que se mueve desde el “punto de vista” de lo generalizado hacia la/s otra/s “concreta/s”, particularizada/s y distinta/s; Weeks (1998:8,10) apela al punto de vista feminista como un “ejemplo inspirador” para una subjetividad feminista colectiva, que construye “sujetos antagonistas” y está enraizado en un sentido de comunidad con otras mujeres. Hirschmann (1992: 338-39) elabora una teoría feminista sobre la variedad y multiplicidad de puntos de vista que reconoce “la interdependencia de diferentes tipos de opresiones” y

acentúa la articulación de la identidad como una “empresa de colaboración” que involucra la conversación y el reconocimiento mutuo. Kruks (2001: 176), invocando a De Beauvoir, recomienda una intersubjetividad “que puede reconocer y aceptar la otredad” y respetar la diferencia como parte del “proyecto de un viaje feminista alrededor del mundo”.

Estas multiplicaciones se llevan a cabo no sólo en el nivel de la interacción entre posiciones de sujeto y subjetividades, sino también al interior del individuo, teorizado como yo y como sujeto. Alcoff (1988: 432-33) avanza una concepción del sujeto como posicionalidad, “en la que la identidad es una cuestión de “elecciones” que se vuelven “relativas frente a un contexto en constante cambio” que es mutable, fluido y puesto en escena de manera persistente. Anzaldúa (1987: 98; Anzaldúa y Keating 2002) introduce el concepto de conciencia mestiza para capturar la identidad, no como un conjunto de componentes compartimentalizados (raza, sexualidad, clase, etc.), sino como un complejo de cruces fronterizos y añadidos; de manera similar, Clough (1994: 115-116) y Sandoval (1991) valoran la identidad como híbrida “y no como una identidad de sujeto unificada”. Alarcón (1990: 366) cita una “pluralidad del yo” y “múltiples antagonismos” al describir la subjetividad de las mujeres de color; Haraway (1991) busca el concepto de subjetividad e hibridez feminista a través de la imagen dislocada del “cyborg”; De Lauretis (1990) teoriza al sujeto como un proceso de relaciones encarnadas, materiales, interconectadas, una multiplicidad de posicionamientos y entrelazamientos. A pesar de diferencias considerables en cuanto a su sustancia, todos estos proyectos intentan describir los elementos que constituyen a los sujetos a nombre de los cuales habla el feminismo y asignar un valor normativo a estas descripciones, a la vez que reconocen que privilegiar al sujeto, aunque sea un sujeto de “múltiples voces”, no es suficiente (Alarcón 1990).

La reconciliación entre algunas de las feministas de la diferencia social y de la diversidad significa que el género queda integrado en una mezcla de identificaciones y que la subjetividad feminista es ahora un fenómeno pluralizado en cuyo tejido se hallan hilos distintos. No obstante, a pesar de su visión de las “mujeres” como una identidad constituida por color, clase, etnicidad, cultura, identidad sexual, sexualidad, etc., este sector de la teoría feminista no abandona al “sujeto” en ningún momento; simplemente lo complejiza y lo sitúa, así que la pregunta política prevaleciente es cómo estos saberes diversamente situados, perspectivas parciales o sujetos complejos se conectan o traducen a través de “múltiples diferencias intersectantes” (Fraser 1997: 180) que no están en ningún caso limitadas al género. Como veremos,

la “teoría de la diversidad” o el “multiculturalismo pluralista” (Fraser 1997: 185) y el problema epistemológico consecuente del “reconocimiento” genera una gran cantidad de controversias acerca del significado, los procesos y los procedimientos de una política de la identidad (feminista).

Antes de centrarnos en dicho tema, sin embargo, necesitamos examinar el feminismo desconstruccionista, la tercera perspectiva de la teoría feminista contemporánea, en la que la política feminista de la identidad teoriza su propia negación al designar a “las mujeres” como un campo de diferencias que no puede resumirse mediante ningún contenido de identidad o categoría descriptivas. El feminismo desconstruccionista quiebra y desmantela todas las categorías multívocas y preconstituidas (raza, color, clase, género) y “los etcéteras” (Butler 1990: 143) que las teorías de la diversidad promueven como de importancia capital tanto cultural como políticamente.

El desmantelamiento del sujeto: feminismo desconstruccionista

El desafío que representa teorizar el “sujeto” dentro de la categoría de las mujeres queda ejemplificado de una manera controversial, que se ha vuelto famosa, en los primeros escritos de Butler (1986, 1987, 1990, 1991, 1993), especialmente en *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* [1990]. “Mediante la trayectoria horizontal de adjetivos” escribe Butler sobre el feminismo de la diversidad (1990: 143), “estas posiciones buscan englobar un sujeto situado, pero no llegan nunca a ser completas [...]. Ésta es una señal de agotamiento así como del proceso ilimitado del significado mismo”. La negación de Butler (1995a) del sujeto “voluntarista” presituado ha producido respuestas intensas y variadas en la teoría feminista (y queer) actual. De manera más general, el proyecto de debilitar cualquier noción de una subjetividad prediscursiva o un agente libre ha sido abordado con la etiqueta de la relación del feminismo con el posmodernismo (y la ansiedad que éste despierta) (Lovibond 1989; Bordo 1990; Fraser y Nicholson 1990; Nicholson 1990; Flax 1990; Hekman 1990; Singer 1992; Walby 1992; Benhabib *et al.* 1995; Nicholson 1999; MacKinnon 2000), el postestructuralismo (Alcoff 1988; Fraser 1995), y la posmodernidad (Brown 1995). Aunque la designación, algunas veces peyorativa, “posmodernismo” se convirtió en una muletilla en las negociaciones teóricas entre el feminismo y las críticas desconstruccionistas post-Ilustración en las décadas de los ochenta y los noventa, es demasiado vago y abarca a muchos pensadores distintos como para proporcionar un apoyo adecuado sobre los temas teóricos específicos en estos debates (ver Butler 1995a).

A pesar de todo, Benhabib (1995a: 18-21), por ejemplo, se basa en el trabajo de Flax (1990) para ubicar en “la posición posmoderna” las tres tesis de “la muerte del Hombre, la muerte de la Historia y la muerte de la Metafísica” y encuentra afinidades entre las demandas posmodernas y las feministas. Benhabib recomienda un “escepticismo” feminista al enfrentarse a las orientaciones posmodernistas, con el fin de que la “emancipación femenina” no se vaya a pique junto con los paradigmas post-Ilustración que adoptan la incertidumbre, la fluidez, la inestabilidad y la indeterminación y se saltan un “principio regulador” para la capacidad de acción, la autonomía y la individualidad. La conclusión de Benhabib (1995a), de que el feminismo y el posmodernismo no son aliados políticos conceptuales, la comparte de manera enfática MacKinnon (2000) (quien de manera problemática presenta al posmodernismo y el multiculturalismo como aliados); pero estos puntos de vista han tenido respuesta de teóricas que encuentran complementariedades entre el feminismo y varias críticas desconstruccionistas o postestructurales (e.g. Butler 1995a, b; Brown 1995; Carver 1996; Fraser 1997; Scott 1998b; Webster 2000). La controversia sigue siendo una de las más virulentas dentro de los debates teóricos feministas de estos momentos.

Lo que realmente parece estar en juego en la confrontación entre el feminismo y el posmodernismo es *a)* la desconstrucción del sujeto dentro de la categoría de las mujeres en la teoría feminista y *b)* la formulación de una política feminista posfundacional que se mueva del concepto de agente autónomo a la teorización de las relaciones discursivas del poder, juegos de lenguaje, significados, subversiones y performances. En lo que se refiere a dichos temas, el trabajo de Butler es central, si es que no absolutamente definitivo (ver también Riley 1988; Spivak 1988; Cornell 1991, 1992; Scott 1992; Grosz 1994; Brown 1995, 1997; Deutscher 1997; Zerilli 1998a).

El objetivo político del proyecto teórico de Butler es someter los conceptos de sujeto, cuerpo, sexo, género, sexualidad y materialidad a una “crítica desconstruccionista” dirigida a desplazarlos “de los contextos en los que han sido desplegados como instrumentos de poder opresivo”. Inevitablemente, este proyecto va acompañado de la “pérdida de certeza epistemológica” o de una identidad ontológica fuertemente asegurada como origen de la acción consciente, cuestiones especialmente pertinentes, como hemos visto, a los feminismos de la diferencia y la diversidad y a la política feminista (Butler 1995a: 51). Butler comienza con ciertos elementos clave de los escritos de Foucault y va más allá para explorar la manera en que el feminismo produce y oculta al sujeto sexuado y genérico

dentro de una matriz heterosexual que perpetúa las prácticas de exclusión, debilitando, de manera paradójica, las metas del feminismo (1990: 5-6). Esta exploración, que Butler denomina una “genealogía feminista de la categoría mujeres”, involucra una serie compleja de interpretaciones textuales que incluyen los escritos de Freud, De Beauvoir, Rubin, Foucault, Lacan, Kristeva, Wittig e Irigaray. De esta exploración podemos destilar por lo menos tres puntos críticos que definitivamente posicionan la versión de feminismo desconstruccionista de Butler (1990:5).

El primer punto sostiene que no existen sitios o fundamentos prediscursivos, previos o naturales, ni para el sexo ni para el género, en los cuales apoyar la identidad. En efecto, “el ‘sexo’ está tan culturalmente construido como el género” y es por tanto una categoría generizada (*gendered*) (Butler 1990: 7; 1993). El segundo se refiere a que el género está mediado por el poder y regulado por la institución de una “heterosexualidad obligatoria y naturalizada”, bajo la relación binaria jerárquica y opresiva de lo masculino/femenino (1990: 22-23). Sin embargo, en tercer lugar, las reglamentaciones políticas y las prácticas disciplinarias que producen el género (como diferencia heterosexual) pueden “salir del campo de visión” mediante el “juego de las ausencias significativas” que se sostienen a través de “signos corporales y otros medios discursivos” (1990: 136). Esta última aseveración es el inicio de una de las percepciones más originales de Butler: el género es “performativo”, un acto intencional o una “estrategia” que sugiere una “construcción de significado dramática y contingente” (1990: 139). La performatividad, tal y como la articula Butler, “es el modo discursivo mediante el cual se instalan efectos ontológicos” (1996: 112) a través de subversivos actos de habla: parodias, repeticiones y recitaciones; por ejemplo, en las prácticas culturales de las “vestidas”, los y las travestis y “la estilización sexual de las identidades machorra/femme” (1990: 137). En escritos subsecuentes, estas prácticas llegaron a tener un significado paradigmático, intención no buscada por Butler en un inicio (1996).

Lo que cuenta aquí, en lo que se refiere a la teoría feminista, es la desconstrucción que el concepto de Butler sobre la “performatividad” discursiva “del género” (1990: 139) realiza sobre el sujeto, el cuerpo y la categoría de sexo, todos las cuales, en estos términos, ya no se construyen (como ocurre entre las feministas de la diferencia social y de la diversidad) como entidades previas a las prácticas de significación. En vez de ello, el cuerpo, el sexo, el deseo y el sujeto son efecto de un ordenamiento discursivo y de significación, “en donde dependiendo del contexto, cada quien hace

su propia interpretación”, y están circunscritos como cuestiones políticas y producciones de poder (1995a: 54). Butler insiste, sin embargo, en que esta reconceptualización radical de la identidad como un efecto, de hecho, abre mayores posibilidades de capacidad de acción consciente que están excluidas por posiciones que subrayan la matriz heterosexual y “consideran que las categorías de identidad son fundacionales y fijas” (1990: 147; 1995b, 1997a). Y en sus escritos más recientes, con un giro hacia el psicoanálisis, Butler (1997a, 2000a) se empeña en teorizar la identidad como una disposición compleja, formada mediante la pérdida y la ambivalencia, la melancolía y la finitud. Sin embargo, estos desplazamientos no han vacunado a su genealogía crítica contra una amplia gama de señalamientos amistosos y no amistosos de parte de teóricas feministas que sostienen que el proyecto desconstruccionista, y algunos (si no todos) los aspectos del posmodernismo debilitan el compromiso del feminismo con la capacidad de acción consciente de las mujeres (p. ej. Benhabib 1995a, Weeks 1998), la identidad y un sentido de individualidad (p. ej. Di Stefano 1990; Hartsock 1990; Moya 1997; Kruks 2001), la liberación (Fraser 1995), la realidad social (MacKinnon 2000) y la justicia social (Nussbaum 1999b). En este nivel, el feminismo desconstruccionista de Butler, imbuido en cierto momento de un gesto afirmativo hacia la subjetividad y la capacidad de acción consciente (Butler 1997, 2000a), sigue siendo un terreno de cuestionamientos, y “el sujeto” del feminismo —ya sea ante la mirada de la diferencia, la diversidad o la desconstrucción— persiste como un espectro aparentemente imposible de erradicar, perpetuamente problemático, que persigue al pensamiento feminista.

La teorización de la política feminista

El problema esencial y la idea fija de la teoría feminista sigue siendo, hasta ahora, el problema de la identificación epistémica: colocar o dislocar al sujeto, fijar o desconstruir la categoría de “mujeres”, discernir o desmantelar el significado del “nosotras” feminista y teorizar o desplazar las “identidades”. Así, no sorprende que las teorías feministas de la política, la acción y la esfera pública, a pesar de sus importantes diferencias, tiendan a mapear las controversias epistemológicas/de identificación que se refieren al yo, al sujeto y la subjetividad y que enmarcan la teoría feminista como si estuvieran grabadas en piedra. Young (1997b: 18) implícitamente captura esta situación cuando afirma: “la política feminista se evapora [...] si no existe alguna concepción de las mujeres como un colectivo social”. De ahí a la aseveración de Hekman (1997: 142) hay sólo un pequeño paso: “la

política feminista es necesariamente epistemológica”; manera de entender las cosas que comparten muchas teóricas políticas feministas, pero que no suscriben quienes no entienden la teoría como dirigida hacia la articulación de certezas filosóficas o como una epistemología a priori, incluyendo afirmaciones filosóficamente verificables que afirman una identidad previa del sujeto femenino (Mouffe 1992; Brown 1995; Fraser 1997; Zerilli 1998b, 2000; Heyes 2000; Dietz 2002). Las teóricas políticas del último tipo tienden a considerar —de maneras no formales ni filosóficas— que la identidad no es previa, por ejemplo, a la historia ni a la economía ni a la cultura ni a la sociedad, sino interpretable sólo a través de este complejo de elementos y en relación con las prácticas humanas y los efectos del poder. Sin embargo, entre las teorías feministas sobre política de hoy en día podemos de hecho ver cómo el problema epistemológico define las fronteras y circunscribe los contornos de algunos de los temas que tocamos. El debate epistemológico sobre la “diferencia” y la “diversidad” se ha transformado en una enorme serie de escritos relativos a las concepciones feministas de la ciudadanía y la ética, la política de las diferencias de los grupos, la representación y el multiculturalismo y las normas del discurso democrático.

Uno de los aspectos más sobresalientes de las teorías feministas contemporáneas sobre política es su compromiso común, en principio, con el concepto de democracia, a pesar de la realidad histórica y política de la sujeción de las mujeres, de su subordinación, subrepresentación y privación de derechos como ciudadanas en los estados democráticos modernos (Pateman 1989; Mendus 1992; Phillips 1991, 1993, 1995). En tanto la teorización feminista se ve a sí misma no sólo como un proyecto interpretativo, sino también como un proyecto de emancipación, ha buscado articular los problemas de la democracia con una visión dirigida a las estrategias de representación y participación, capacidad de acción colectiva y libertad, que incluyan los principios y metas feministas. Como argumenta Pateman (1989: 223) “una teoría y una práctica ‘democráticas’ que no sean feministas al mismo tiempo, simplemente sirven para mantener una forma fundamental de dominación y por lo tanto se burlan de los ideales y valores que se supone que la democracia encarna”. No obstante, tal y como hemos visto, el coordinado conceptual crítico “feminista” que Pateman avanza es discutible y lo son asimismo los proyectos teóricos que se lo apropian y lo despliegan en el contexto actual de la teoría política democrática feminista. Las controversias siguen, en líneas generales, los términos epistemológicos de la diferencia, la diversidad y la deconstrucción, sólo que ahora se traducen a

la teorización de la ciudadanía, la representación, el multiculturalismo, el discurso democrático y la acción política.

La ciudadanía como diferencia generizada y desde una perspectiva de género: las mujeres en la esfera pública

En tanto el feminismo de la diferencia social es una política y a la vez una epistemología, pone en cuestión las teorías feministas liberales-igualitarias convencionales que predominaron en la década de los setenta y que ubican la emancipación política de las mujeres en la “equidad” de género o en la eliminación de distinciones de género ofensivas entre mujeres y hombres y por tanto en la minimización de la diferencia de género misma (p. ej. Okin 1989a). Del otro lado de lo que llegó a ser conocido como el debate de “la igualdad contra la diferencia” (p. ej. Okin 1989a; Young 1990; Phillips 1991; Bock y James 1992; Mendus 1992; Lister 1997), las feministas de la diferencia social se centran en la identidad de las mujeres y la relacionalidad femenina como los cimientos para una sociedad realmente civil y una ciudadanía auténticamente democrática. Como muchos teóricos liberales-igualitaristas, las feministas de la diferencia social suponen que las personas son de manera preeminente masculinas o femeninas, pero en vez de subrayar un concepto de neutralidad de género (un universal “abstracto” liberal que desenmascaran y consideran, como lo es en realidad, una norma particular desde el punto de vista de la dominación masculina), cuestionan la “concepción patriarcal de la sociedad civil” (Pateman 1989: 52). La alternativa a la ciudadanía masculinista es una concepción de ciudadanía sexualmente diferenciada, pero basada en la idea de igualdad que reconocería a las mujeres como mujeres, valoraría el cuerpo femenino y privilegiaría ciertas habilidades sociales presuntamente femeninas (p. ej. intimidad, capacidad de atención, relacionalidad, autodefinición relacional, reciprocidad) y prácticas sociales (p. ej. maternaje, prestación de cuidados, resolución de conflictos). Jones (1990: 18; 1988) hace un llamado a una forma de gobierno “que sea empática con las mujeres y con la multiplicidad de sus intereses”, una forma de gobierno que cuestione los conceptos liberales de justicia supuestamente masculinos y los requisitos masculinos para la ciudadanía, siguiendo lo que ya ha sido desenmascarado por la teoría crítica feminista (e.g. Pateman 1988, 1989; Shanley y Pateman 1990; Okin 1989b; Lister 1997).

En su forma teórica política más programática, el feminismo de la diferencia social (como el feminismo de la diferencia simbólica) confronta la “represión de la diferencia sexual femenina” (Cavarero 1992: 40) con la

idea de afirmar el valor ético y político de lo femenino contra lo masculino, lo privado contra lo público y el *ethos* del cuidado contra el *ethos* de la justicia. Sin embargo, el feminismo de la diferencia social hace hincapié en las prácticas, experiencias y formas de ser y saber (socialmente construidas) de las mujeres, especialmente en el ámbito de la maternidad, el maternaje y el pensamiento maternal. De acuerdo con esto, los roles de las mujeres en el ámbito privado de la familia y las relaciones íntimas, especialmente las que se dan entre madre e hijas/os, se presentan como la base para una nueva moralidad pública, política (Elshtain 1981, 1982; Noddings 1984; Ruddick 1989; Held 1990), una esfera pública revitalizada (Elshtain 1981; Hartssock 1987), o un discurso y unas acciones democráticas feministas (Elshtain 1982; Jones 1990; Boling 1996). Al apelar a la “mujer privada” con el propósito de reinventar el ámbito público, el feminismo de la diferencia intenta hacer retroceder la relación normativa que identifica en el pensamiento occidental patriarcal, en el cual el ámbito privado de lo femenino está subordinado al ámbito público de lo masculino. En el feminismo de la diferencia social, entonces, lo “público masculino” se “mujeriza” mediante la importación de virtudes femeninas putativas al ámbito político. Sin embargo, en este proyecto, la dualidad conceptual original de lo público y lo privado no se desplaza, sino que se mantiene relativamente estable, espacial y fija. De modo que puede que el feminismo social privilegie las virtudes femeninas, la conectividad y la paz con el fin de cuestionar la hegemonía del guerrero varón autónomo y violento en el estado como esfera pública (Elshtain 1987; Tickner 1992), pero, en el nivel conceptual, no desmantela el binomio genérico de lo masculino/femenino, ni el binomio espacial de lo público/privado. En muchos aspectos, la perspectiva que adopta el feminismo de la diferencia social sobre la ciudadanía vista desde una perspectiva de género—incluyendo su deuda con Gilligan (1982; Gilligan *et al.* 1988) y su énfasis en la identidad y valores unitarios de las mujeres, la prioridad de la familia, el ámbito privado como origen de los valores políticos femeninos, el cuidado de los niños, la singularidad de la voz y las conexiones relacionales de las mujeres y la preocupación por la comunidad—sigue siendo el elemento dominante en gran parte del feminismo académico angloamericano, así como en el discurso político feminista cotidiano, incluyendo el discurso de la política electoral e institucional de los Estados Unidos (Goodman 2002, discurso inédito).

En el contexto de la teoría política feminista de la academia, sin embargo, el feminismo de la diferencia social se ha topado con varias críticas,

entre las cuales destaca la de Tronto (1987, 1989, 1993). Tronto complica sociológicamente la ética del cuidado, incorporando la raza y la clase, y en lo político ubica el cuidado en relación con (no en oposición a) la justicia y la ciudadanía democráticas, desmantelando así la perspectiva de género adoptada por el feminismo social que ve la justicia como masculina y el cuidado como femenino (ver también Bubeck 1995; Sevenhuijsen 1998). El feminismo de la diferencia también resulta vulnerable a la crítica de las feministas que teorizan prácticas de responsabilidad más complejas (Smiley 1992) y las autoconcepciones y las vidas sociales de las mujeres (Walker 1998), y que cuestionan que para conceptualizar la política, el feminismo social se base en la distinción entre lo público y lo privado (Dietz 1987) y rechazan el pensamiento maternal así como la diada madre/hijo(a) como modelos adecuados para una política y acción democrática y no jerárquica (Dietz 1985, 1987, 2002; Phillips 1991; Mouffe 1992). Por supuesto, los impulsos homogeneizantes, generalizadores y a veces comunitarios del feminismo de la diferencia social también son objeto de la crítica de las feministas de la diversidad, quienes “sospechan de los conceptos unívocos del poder” (Acklesberg 1997: 170) que forman parte de cualquier concepto unitario o específico de género, sobre ciudadanía, comunidad y política que no reconozca las diferencias sociales y culturales entre mujeres o que formule ejes de identidad más allá del género.

La ciudadanía cuestionada: el feminismo universal y el choque de culturas

La tensión entre igualdad y diferencia, y la cuestión concomitante de la neutralidad de género *versus* la especificidad de género, continúan siendo características fundamentales de la teorización, tal vez de manera más notable en los estudios jurídicos y de derecho angloestadounidenses (p.ej. Rohde 1989; Minow 1990), las teorías sobre la justicia (Okin 1986, 1989a; Young 1990) y sobre seguridad social (Fraser 1997; también Young 1997b). Sin embargo, en el nivel de la teorización sobre una política de la ciudadanía, los debates sobre la igualdad y la diferencia llegaron a un *impasse* en la década de los ochenta, cuando los nuevos enfoques teóricos modificaron las teorías feministas sobre la ciudadanía. Entre estos problemas el más importante se refiere a la diversidad, es decir a la manera en que la sociedad política, como un constructo amplio, construye a las personas y los grupos a lo largo de líneas múltiples de identidad, incluyendo el género, la raza, el color, la sexualidad, la clase, la religión, la etnicidad y la nacionalidad. El reconocimiento de la diversidad cultural y las diferencias entre grupos plantea al

feminismo ciertos dilemas, tanto locales como mundiales, que se remontan a la oposición del movimiento a las formas jerárquicas de dominación y su constante preocupación por la igualdad sexual: cómo teorizar sobre una concepción de la justicia (o la igualdad de derechos) que se aplique a todo el mundo a la que vez que se mantiene la integridad de los grupos diversos y los colectivos culturales y el respeto hacia ellos. El problema, en otras palabras, es cómo reconocer que el pluralismo implica un conjunto de derechos de los grupos o las identidades culturales, sin fomentar a la vez que un solo grupo o subgrupo se beneficie a expensas de otro. ¿Puede reconciliarse la universalidad con las diferencias? ¿Pueden definirse o teorizarse la verdad, los derechos y la igualdad moral de manera que se construya un punto de vista aceptado universal y transculturalmente?

En este contexto, algunas teóricas feministas han comenzado a acusar a los teóricos de los derechos culturales, o al multiculturalismo en general, de haber pasado por alto los derechos de las mujeres y las “desigualdades entre los sexos” (Okin 1999:23), cuando promueven los derechos de grupos o culturas, reinscribiendo así las mismas estructuras de dominación masculina a las que se opone resueltamente el feminismo (Okin 1995, 1998; Nussbaum 1995, 1999a; MacKinnon 2000). Estas especialistas están de acuerdo en que entre los “peligros del acomodamiento multicultural” (Shachar 1998: 287; ver también Spinner-Halev 2001), se encuentra la aquiescencia a la subordinación, explotación y opresión continua de las mujeres en todas las esferas de la cultura y la sociedad. De este modo, el título de un libro reciente pregunta *¿Es malo el multiculturalismo para las mujeres?* (Okin 1999). Lo que está en juego es no sólo el análisis de las prácticas culturales o religiosas que las críticas del acomodamiento multiculturalista consideran opresivas de los derechos individuales, la dignidad y la libertad de mujeres y niñas (por ejemplo, las pañoletas para cubrirse el cabello, el velo, la clitoridectomía, la poligamia), sino también la posición de las mujeres al interior de las culturas y los grupos. También se halla en juego el tema más amplio, filosófico-político, que se refiere a si (y si es que sí, cómo) puede articularse en nombre de las mujeres un universalismo feminista moderno, atento a las culturas pero también comprometido con los principios abstractos de la justicia y los derechos (Benhabib 1995b). Las teóricas feministas que contestan de manera afirmativa a esta interrogante (p.ej. Chen 1995; Okin 1995, 1998, 1999; Nussbaum 1995, 1999a, 2000; Benhabib 1995b, 2002; Jaggar 1998; Ackerly y Okin 1999; MacKinnon 2000) no están necesariamente de acuerdo en cuanto a los fundamentos o suposiciones que podrían conformar un proyecto de

este tipo. (Nussbaum, por ejemplo, formula un humanismo aristoteliano modificado, Okin defiende un liberalismo rawlsiano modificado y Benhabib ofrece una ética discursiva de la interacción, basada en Habermas.) Pero todas parecen compartir una orientación que visualiza la posibilidad de una “comunidad moral dialógica mundial” (Benhabib 1995b: 237; 2002) que abordaría cuestiones de justicia e injusticia marcadas por las condiciones culturales y políticas de las vidas de las mujeres, especialmente de las vidas de las mujeres pobres en las culturas locales del segundo y tercer mundos. Así, las aseveraciones feministas universales acerca de las condiciones y derechos de las mujeres se apoyan en concepciones sustantivas del bien social y público que son inevitables en tanto están sujetas a la justificación racional y se practican de manera concreta.

Sin embargo, la noción de una “defensa calificada del esencialismo” (Okin 1995: 275) y un discurso ético global asentado en principios de justicia y derechos para las mujeres *qua* mujeres es justamente lo que otras teóricas feministas de las culturas locales y mundiales quieren contrarrestar (e.g. Lazreg 1988; Spivak 1988; Moghadam 1989; Trinh 1990; Mohanty 1991; al-Hibri 1999; Honig 1999; Euben 2001; Butler 2000b). A lo menos, estas especialistas de la “cultura” plantean preocupaciones sobre la interpretación, la metodología y la política en cuanto a lo que constituye una representación adecuada de las mujeres en tanto que mujeres, o una comprensión justificable de las prácticas culturales distintas a las propias, o una apreciación del contexto, especialmente en lo que se refiere a las mujeres del segundo y tercer mundos. Los mismos términos que crean una oposición entre “mujeres” y “multiculturalismo” o reducen una serie de culturas a un solo “ismo” son también cuestiones de interés (Norton 2001). Putnam (1995: 311), por ejemplo, argumenta que a algunos proyectos universalistas feministas se los puede acusar de “sustitucionalismo”, o en palabras de Alarcón (1990: 356) de una “lógica de identificación”, mediante la cual las académicas feministas del primer mundo (mujeres angloamericanas, de clase media) perpetúan el sesgo de las teorías occidentales sobre justicia en nombre de todas las mujeres, especialmente de aquellas que no provienen de Occidente. De manera correspondiente, otras críticas arguyen que el feminismo universal no admite “el carácter intolerante de sus propias normas” ni “considera la manera en que el feminismo trabaja en complicidad total con las metas colonialistas de los Estados Unidos, imponiendo normas de civilidad” en las culturas del segundo y tercer mundos (Butler 2000b: 35; ver también Ahmed 1992; Smolin 1995-1996; Sassen 1998; Al-Hibri 1999).

Estas respuestas vuelven a tocar de manera muy vívida algunos aspectos de los debates feministas sobre la diferencia y la diversidad, trasladados ahora a la política de la cultura y a la teoría del poscolonialismo. Como una extensión de las discusiones filosóficas sobre la relación entre el universalismo y el particularismo, las feministas culturales hacen hincapié en la importancia de diferenciar, desde las perspectivas de la historia y la cultura, las prácticas sociales dentro y a través de las culturas, incluyendo los esfuerzos culturales opresivos que intersectan la diferencia de género (p.ej. los esfuerzos por controlar la sexualidad masculina) (Honig 1995). Una teoría feminista crítica dirigida a la emancipación debe, afirman estas feministas, estar dispuesta a ensuciarse las manos mediante la creación de genealogías históricas concretas. Para las universalistas que desean defender el binomio de género como una categoría de análisis e identificar la desigualdad entre los dos sexos como el objetivo principal de “la mayoría de las culturas” (Okin 1999: 13), sin embargo, estas exigencias de especificidad contextual y respeto por las diferencias culturales amenazan con caer en el relativismo que asegura que “todas las culturas son igualmente válidas” (MacKinnon 2000: 699) o coincidir “con las posiciones de la reacción, la opresión y el sexismo” (Nussbaum 1995: 66, 2000).

En suma, a pesar de los esfuerzos en contra (Okin 1999), la tendencia universalista a interpretar la sospecha feminista cultural sobre los ideales normativos reguladores como equivalentes de un relativismo nihilista, radical, y la tendencia culturalista a interpretar el llamado universalista a los principios morales abstractos como la vuelta al imperialismo hegemónico occidental, no han aliviado las tensiones entre el feminismo y el multiculturalismo en la teoría o en la práctica. Aunque puede parecer que esta controversia entre las feministas universalistas y las culturalistas se dirige a una versión del *impasse* que se dio entre la igualdad y la diferencia, hay proyectos recientes dentro de la teoría feminista que buscan poner nuevamente en escena el concepto de lo universal (e.g. Zerilli 1998a; Butler 2000b) y explorar los aspectos paradójicos del discurso de los derechos (Scott 1996; Brown 2000) desde la perspectiva del postestructuralismo y en los cuales no se intenta simplemente reinscribir ni, tampoco, abandonar por completo los discursos occidentales sobre la modernidad. Algunos de estos proyectos reconocen la complejidad y la ambigüedad discursiva que conforman a las luchas políticas y que se dan en la brecha entre el consenso ideal y el nihilismo, o entre “prácticas culturales recalcitrantes y principios morales abstractos” (Euben 2001: 891). Así que el objetivo de esta dimensión de la teoría feminista crítica es investigar cómo las

luchas concretas, históricas, emplean estrategias discursivas tanto universales como culturales con la mirada puesta en la justicia y la libertad sociales.

El debate los discursos democráticos

En años recientes, las teóricas políticas se han dedicado a debatir sobre lo que puede querer decir conceptualizar una praxis política feminista que esté alineada con la democracia pero que no comience con el binomio del género. En este sentido, Mouffe (1992: 376, 378; 1993), por ejemplo, propone una concepción feminista de la ciudadanía democrática que convertiría la diferencia sexual en algo “no pertinente”. Tal vez, el aspecto más visible de tales concepciones es que están atentas a la pluralidad, que colocan a la sociedad democrática como un campo de interacción en el que se politizan e intersectan múltiples ejes de diferencia, identidad y subordinación (e.g. Phelan 1994; Young 1990, 1997b, 2000; Benhabib 1992; Honig 1992; Ferguson 1993; Phillips 1993, 1995; Mouffe 1993; Yeatman 1994, 1998; Bickford 1996; Dean 1996; Fraser 1997; Nash 1998; Heyes 2000; McAfee 2000). Aunque estas teóricas tienden a compartir una concepción de la política democrática que comienza con la realidad de la interacción y el conflicto entre adversarios, muestran, no obstante, considerables divergencias en sus puntos de vista cuando se habla de la teorización de la política democrática. Sin embargo, en cada una de estas perspectivas se halla en juego no tanto la cuestión jurídico legal de cómo salvaguardar las diferencias o la cuestión institucional de cómo representarlas (aunque véase Phillips 1995 y Young 2000), sino más bien la cuestión de lo que significa actualizar los espacios públicos y actuar la política democrática.

Las teóricas feministas de la pluralidad democrática se dividen a grandes rasgos en dos líneas de interés. Los enfoques asociativos (ver Dietz 2002: 136-37) están más cercanos al proyecto epistemológico del feminismo de la diversidad, puesto que tienden a comenzar con la “identidad politizada” (Brown 1995: 69) y después teorizan la política (democrática) en términos de la proliferación, la negociación y la coordinación de identidades, individualidades o grupos múltiples e intersectantes. Los proyectos asociativos están especialmente interesados en la “política del reconocimiento” (Fraser 1997) y las condiciones necesarias para lograr un discurso realmente democrático, una interacción comunicativa y la solidaridad (Fraser 1986; Young 1990, 1997b; Phillips 1995; Benhabib 1996; Bickford 1996; McAfee 2000). Desde esta posición, contribuyen de manera importante a la expansión de la bibliografía que trata la deliberación democrática.

En contraste, los enfoques agonistas rechazan las formulaciones basadas en la identidad y están más vinculados con los proyectos de desconstrucción. Teorizan la política como un antagonismo constitutivamente persistente que es fragmentador y potencialmente subversivo; de este modo, las identidades singulares tales como “mujeres” o incluso las identidades múltiples tales como “la mestiza”,¹ no se hallan articuladas previamente, sino que son producto del habla y la articulación, vulnerables siempre al cuestionamiento, la transformación y las maniobras desestabilizadoras, como la performatividad (Honig 1992; Mouffe 1992, 1993; Brown 1995; Butler 1997b, c; Zerilli 1998b). Así, la categoría de mujeres “es el significante vacío”; no el sujeto que precede a su afirmación, sino la “articulación de una identidad política” (Zerilli 1998a: 19). Aunque teorizan el habla, el discurso y el lenguaje como sitios de significación, poder y realización, los enfoques agonistas no se ocupan de las condiciones para la deliberación política o la política de coaliciones, ni presentan argumentos teóricos referentes a acuerdos, consensos o incluso la competencia comunicativa al interior del campo de la política democrática. En vez de ello, hacen hincapié sobre la dinámica de la “equivalencia democrática (Mouffe 1992: 381) y la “libertad performativa” (Honig 1992: 226; 1993) que, mediante la acción, agonistamente genera nuevas e impredecibles identidades. (Como indicador de la elasticidad interpretativa de algunos textos de teoría política señalamos el hecho de que tanto las teóricas asociativistas como las agonistas se inspiran en Arendt [ver Honig 1995; Dietz 2002], aun cuando las primeras también tienen afinidad con Habermas, mientras que las segundas reconocen su deuda con Foucault y a veces con Wittgenstein [Mouffe 1992; Zerilli 1998b; Heyes 2000]).

Entre las teóricas asociativistas, Young (1990: 10, 167, 184) es conocida por su formulación de “la política de la aseveración grupal” y los conceptos de “ciudadanía diferenciada por grupos” y del “público heterogéneo”, todos los cuales moviliza para pedir mecanismos políticos que proporcionen reconocimiento efectivo y representación en la esfera pública de grupos de electores que están en desventaja, marginados u oprimidos. El pensamiento de Young es tal vez el ejemplo paradigmático del esfuerzo por teorizar (y estabilizar) la diferencia y la representación entre grupos. A pesar de ello, ha recibido críticas de las teóricas feministas de la pluralidad que cuestionan el esfuerzo mismo de totalizar, unificar o esencializar a “un grupo

¹ En el original está en español (N. de la T.).

social" (Phillips 1993; Mouffe 1993; Bickford 1996; Narayan 1997; Yuval-Davis 1997), particularmente en formas que suprimen las diferencias entre diversos grupos (Lister 1997) o no distinguen de manera adecuada entre la identidad y la posición social (Bickford 1999) o entre intereses culturales y económicos (Fraser 1997) o entre las maneras que amenazan simplemente con recapitular el pluralismo de intereses de grupo en vez de la solidaridad política (Mouffe 1992; Dean 1996). (Para una crítica de la política grupal de identidad, ver Elshtain 1995.) Lo que está en discusión entre estas críticas de la identidad o diferenciación de grupos y las demandas que surgen de ellas, es una cuestión de importancia central para cualquier teoría que, a la luz de los movimientos sociales de finales del siglo xx, se considere comprometida con un proyecto democrático: ¿exactamente qué distingue una lucha verdaderamente emancipatoria por la identidad o el reconocimiento y la diferencia de una distracción inútil, una mistificación burguesa, una celebración solipsista o un "apego herido" (Brown 1995: 52)? Esta pregunta (e incluso el hecho de que sea legítimo plantearla) resulta muy acuciante sobre todo para las teóricas feministas asociativistas y agonistas, que a menudo disienten con vehemencia no sólo acerca de lo que constituye una formulación adecuada de las demandas identitarias de justicia o libertad, sino también acerca de la misma prioridad, centralidad y relacionalidad de algunas luchas de resistencia en relación con otras. También es tema de disputa la manera en que debe teorizarse sistemáticamente este asunto. Fraser (1997), por ejemplo, argumenta que la política cultural del "reconocimiento" ha eclipsado la política económica de la "redistribución" y busca realinear el equilibrio entre ellas. Tanto Young (1997a) como Butler (1997c) critican la distinción de Fraser por estar totalmente esquematizada e inadecuadamente atenta a la potencialidad política de las luchas basadas en la identidad, así como a la cultura como un espacio clave de la resistencia.

Cualquiera que sea la eficacia de un concepto de diferencia de grupos o la prioridad de una política del reconocimiento, la inclinación por los modelos de un público heterogéneo, contra-públicos subalternos o una red dispersa de muchos públicos (Benhabib 1996: 83; Fraser 1997) ha llevado a los proyectos de democracia del feminismo asociativo directamente al terreno amplio y "publicista" de la democracia deliberativa y la ética del discurso. Aquí, los debates sobre lo que constituye la interacción comunicativa emancipatoria, el discurso democrático y, más específicamente, los procesos y procedimientos adecuados para la adjudicación de derechos, necesidades y creencias, han galvanizado la atención de las teóricas de la democracia, el multiculturalis-

mo, el nacionalismo y el poscolonialismo. La teoría democrática feminista, siempre alerta a las formas en que las estructuras y prácticas aparentemente igualitarias pueden legitimar o enmascarar la dominación y la exclusión, aporta una mirada crítica al ámbito público deliberativo y discursivo (Mansbridge 1990; Lara 1998; Lugones 2000). Las contribuciones de Benhabib (1992) y Fraser (1989, 1992) son notables porque ambas, a pesar de importantes diferencias teóricas (véase Benhabib *et al.* 1995) han presentado críticas de los modelos liberales del público burgués a favor de modelos del discurso o dialógicos que incorporen posibilidades democráticas y feministas. Otras teóricas asociativistas buscan contrarrestar la dominación incrustada en ciertos modos de (teorizar) la comunicación aumentando la intersubjetividad discursiva con formas complementarias de interacción dialógica, incluyendo las formas de saludo, la retórica y el relato (Young 1997b; Lara 1998), el testimonio (Sanders 1997) y la escucha (Bickford 1996). En este sentido, algunas feministas democráticas asociativistas teorizan el discurso político en un marco interpretativo que recuerda el interés del feminismo de la diversidad por la subjetividad relacional (McAfee 2000), así como narraciones de la vida personal, el relato de experiencias y las perspectivas críticas parciales de mujeres de minorías o del tercer mundo (Lara 1998; Ackerly 2000). Otras presentan modelos del discurso que ponen en primer plano el razonamiento deliberativo, la argumentación, el escrutinio crítico y el ejercicio del juicio político (Benhabib 1996; McAfee 2000). De ahí que los elementos discursivos y procedimentales necesarios en el ámbito público democrático, si no es que la prioridad normativa de la acción comunicativa por sobre la acción estratégica, sigan siendo asuntos para la discusión y temas de desacuerdo entre las feministas democráticas asociativistas.

Sin embargo, los temas fundamentales en discusión entre las teorías de la política asociativista y agonista se refieren a la calidad emancipatoria del lenguaje o al discurso como política (la mayoría de las teóricas asociativistas y agonistas evitan tratar los modelos estructurales psicosimbólicos del lenguaje utilizados por el feminismo francés, ver Fraser 1992). Butler (1997b), cuyo feminismo desconstruccionista aparece en otros textos como teoría política democrática agonista, pone distancia entre su propio enfoque de actos de habla y la concepción habermasiana procedimental y modificada de la política deliberativa de la esfera pública favorecida por Benhabib (1996; ver también Kohn 2000; Webster 2000) y reformada por Young (2000). Como “agonistas”, Butler (1997b) y Mouffe (2000) creen que la formación de posiciones de sujeto necesariamente se lleva a cabo al interior de complejas redes de relaciones

de poder que también marcan una diversidad permanente dentro del campo semántico. Desde este punto de vista agonista (que no comienza por alinear la política con un espacio de interacción comunicativo público), la política es esencialmente una práctica de creación, reproducción, transformación y articulación (no de coalición), en la cual las reglas del juego, así como las personas que juegan, no son nunca totalmente explícitas, estables o fijas, y están siempre constituidas mediante actos de poder (Mouffe 2000). La posición agonista afirma que el tema crucial para la política democrática no es cómo eliminar el poder o aspirar a una comunicación no distorsionada, sino más bien “cómo constituir formas de poder más compatibles con los valores democráticos” (Mouffe 2000: 100). De este modo, las agonistas evitan tratar proyectos que analizan las condiciones que rodean a los contextos comunicativos participativos, así como los procedimientos encarnados por éstos, sobre la base de que estos proyectos malinterpretan el lenguaje y evaden en vez de confrontar la naturaleza constitutiva del poder. Finalmente, en este recuento del poder, la agonista ubica al sujeto “ni como un punto de partida ni como un producto, sino como la posibilidad permanente de un cierto proceso de resignificación” (Butler 1995a: 47). Puesto de manera sencilla, las feministas asociativistas analizan las condiciones de exclusión para poder teorizar la emancipación del sujeto en la esfera pública de la interacción comunicativa; las feministas agonistas desconstruyen los procedimientos emancipatorios para revelar la manera en que se produce al sujeto a través de exclusiones políticas y se le posiciona en contra de ellas.

Este contraste en la teorización democrática nos lleva de regreso a la cuestión central de la teoría política feminista contemporánea: el estatus del sujeto como punto de partida para la teorización política feminista. Es decir, que volvemos a la pregunta de si es posible o deseable determinar un terreno para el sujeto en el feminismo. Y aunque una teórica política ha sugerido que es momento de “romper el hechizo” con el que este panorama epistémico tiene encantadas a la teoría y la política feministas (Zerilli 1998b: 455), es poco probable que eso ocurra en el futuro cercano. ¿Puede la teoría feminista abandonar su idea fija de estabilizar (o desestabilizar) al sujeto sin dejar de lado al feminismo como un movimiento político emancipatorio? ¿Puede el feminismo vivir sin una teoría ideal que ofrezca criterios reguladores para la interpretación y la acción políticas? Por ahora, las respuestas a estas preguntas existen sólo dentro de los cuestionamientos que son la realidad, y la vitalidad de las teorías contemporáneas del feminismo●

Bibliografía

- Ackerly B. A., 2000, *Political Theory and Feminist Social Criticism*, Cambridge University Press, Cambridge, RU.
- Ackerly B. A., Okin S., 1999, "Feminist Social Criticism and the International Movement for Women's Rights", en *Democracy's Edges*, ed. I Shapiro, C. Hacker-Cordón, pp. 134-162, Cambridge University Press, Cambridge, RU.
- Acklesberg M., 1997, "Rethinking Anarchism/Rethinking Power: a Contemporary Feminist Perspective", ver Shanley y Narayan 1997, pp. 158-177.
- Adams P. y J. Minson, 1990, "The 'Subject' of Feminism", en *The Woman in Question*, ed. P. Adams, E. Cowie, pp. 81-101, MIT Press, Cambridge, MA.
- Ahmed L., 1992, *Women and Gender in Islam: Historical Roots of a Modern Debate*, Yale University Press, New Haven, CT.
- Alarcón N., 1990, "The Theoretical Subject(s) of *This Bridge Called My Back* and Anglo-American Feminism". Ver Anzaldúa, 1990, pp. 356-369.
- Alcoff L., 1988, "Cultural Feminism versus Poststructuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory", *Signs J. Women Culture Soc.*, núm. 13, pp. 405-36.
- Alcoff L. y E. Potter (eds.), 1993, *Feminist Epistemologies*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Alexander M. J. y C. T. Mohanty, 1997, *Feminist Genealogies, Colonial Legacies, Democratic Futures*, Routledge, Nueva York y Londres.
- al-Hibri A., 1999, "Is Western Patriarchal Feminism Good for Third World/Minority Women?" Ver Okin, 1999, pp. 4146.
- Anzaldúa, G. E., 1987, *Borderlands/La Frontera*, Aunt Lute Books, San Francisco.
- Anzaldúa, G. E. (ed.), 1990, *Making Face, Making Soul/Haciendo Caras*, Aunt Lute Fdn., San Francisco.
- Anzaldúa, G. E. y A. Keating (eds.), 2002, *This Bridge We Call Home: Radical Visions for Transformation*, Routledge, Nueva York.
- Arneil, B., 1999, *Politics and Feminism*, Blackwell, Oxford, RU.
- Benhabib, S., 1992, *Situating the Self: Gender, Community and Postmodernism in Contemporary Ethics*, Routledge, Nueva York.
- Benhabib, S., 1995a, "Feminism and Postmodernism: An Uneasy Alliance". Ver Benhabib *et al.*, pp. 17-34.
- Benhabib, S., 1995b, "Cultural Complexity, Moral Interdependence, and the Global Dialogical Community". Ver Nussbaum y Glover, pp. 235-55.
- Benhabib, S., 1996, "Toward a Deliberative Model of Democratic Legitimacy", en S. Benhabib (ed.), *Democracy and Difference: Contesting the Boundaries of the Political*, pp. 67-94, Princeton University Press, Princeton.

- Benhabib, S., 2002, *The Claims of Culture: Equality and Diversity in the Global Era*, Princeton University Press, Princeton.
- Benhabib, S., J. Butler, D. Cornell y N. Fraser, 1995, *Feminist Contentions: a Philosophical Exchange*, Routledge, Nueva York.
- Berger, A-E., 1998, "The Newly Veiled Woman: Irigaray, Specularity and the Islamic Veil", *diacritics*, núm. 28, pp. 93-119.
- Bickford, S., 1996, *The Dissonance of Democracy: Listening, Conflict and Citizenship*, Cornell University Press, Ithaca.
- Bickford, S., 1999, "Reconfiguring Pluralism: Identity and Institutions in the Inequalitarian Polity", *Am. J. Polit. Sci.*, núm. 43, pp.86-108.
- Bock, G. y S. James (eds.), 1992, *Beyond Equality and Difference*, Routledge, Londres.
- Boling, P., 1996, *Privacy and the Politics of Intimate Life*, Cornell University Press, Ithaca.
- Bordo, S., 1990, "Feminism, Postmodernism, and Gender-Scepticism". Ver Nicholson 1990, pp. 133-56.
- Braidotti, R., 1991, *Patterns of Dissonance: A Study of Women in Contemporary Philosophy*, trad. E. Guild, Routledge, Nueva York.
- Braidotti, R., 1994, *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, Columbia University Press, Nueva York.
- Brennan, T. (ed.), 1989, *Between Feminism and Psychoanalysis*, Routledge, Londres.
- Brown, W., 1988, *Manhood and Politics: a Feminist Reading in Political Theory*, Rowman & Allenheld, Totowa, NJ.
- Brown, W., 1995, *States of Injury*, Princeton University Press, Princeton.
- Brown, W., 1997, "The Impossibility of Women's Studies", *Differences*, núm. 9, pp. 79-101.
- Brown, W., 2000, "Rights as Paradoxes", *Constellations*, núm. 7, pp. 230-41.
- Bubeck, D., 1995, *Care, Gender, and Justice*, Clarendon, Oxford, RU.
- Burke, C., 1981, "Irigaray Through the Looking Glass", *Fem. Stud.*, núm. 7, pp. 288-306.
- Burke, C., N. Schor y M. Whitford (eds.), 1994, *Engaging with Irigaray*, Columbia University Press, Nueva York.
- Butler, J., 1986, "Sex and Gender in Simone de Beauvoir's *Second Sex*", *Yale Fr. Stud.* núm. 72, pp.35- 49.
- Butler, J., 1987, "Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, and Foucault", en S. Benhabib y D. Cornell (eds.), *Feminism as Critique: On the Politics of Gender*, pp. 128-42, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Butler, J., 1990, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, Nueva York.
- Butler, J., 1991, "Imitation and Gender Insubordination", en D. Fuss (ed.) *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, pp. 13-31, Routledge, Nueva York.

- Butler, J., 1993, *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of «Sex»*, Routledge, Nueva York.
- Butler, J., 1994, "Against Proper Objects", *Differences*, núm. 6, pp. 1-26.
- Butler, J., 1995a, "Contingent Foundations: Feminism and the Question of 'Postmodernism'", Ver Benhabib *et al.* 1995, pp. 35-58.
- Butler, J., 1995b, "For a Careful Reading". Ver Benhabib *et al.* 1995, pp. 127-44.
- Butler, J., 1996, "Gender as Performance", en P. Osborne (ed.), *A Critical Sense: Interviews with Intellectuals*, pp. 109-26, Routledge, Londres y Nueva York.
- Butler, J., 1997a, *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*, Stanford University Press, Stanford.
- Butler, J., 1997b, *Excitable Speech: a Politics of the Performative*, Routledge, Nueva York.
- Butler, J., 1997c, "Merely Cultural", *Soc. Text*, núm. 52- 53, pp. 279-89.
- Butler, J., 2000a, *Antigone's Claim: Kinship Between Life and Death*, Columbia University Press, Nueva York.
- Butler, J., 2000b, "Restaging the Universal: Hegemony and the Limits of Formalism", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek (eds.), *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left*, pp. 11-43, Verso, Londres.
- Butler, J. y J.W. Scott (eds.), 1992, *Feminists Theorize the Political*, Routledge, Nueva York.
- Campbell, R., 1998, *Illusions of Paradox: a Feminist Epistemology*, Rowman & Littlefield, Lanham, MD.
- Carby, H., 1987, *Reconstructing Womanhood: the Emergence of the Afro-American Woman Novelist*, Oxford University Press, Oxford, RU.
- Card, C., 1995, *Lesbian Choices*, Columbia University Press, Nueva York.
- Carver, T., 1996, *Gender is Not a Synonym for Women*, Lynne Rienner, Boulder y Londres.
- Cavarero, A., 1992, "Equality and Sexual Difference: Amnesia in Political Thought". Ver Bock y James, 1992, pp. 32-47.
- Cheah, P. y E. Grosz, 1998, "The Future of Sexual Difference: An Interview with Judith Butler and Drucilla Cornell", *diacritics*, núm. 28, pp. 19-42.
- Chen, M., 1995, "A Matter of Survival: Women's Right to Employment in India and Bangladesh". Ver Nussbaum y Glover, 1995, pp. 37-57.
- Chodorow, N., 1978, *The Reproduction of Mothering*, University of California Press, Berkeley.
- Christian, B., 1988, "The Race for Theory", *Fem. Stud.*, núm. 14, pp. 67-79.
- Cixous, H., 1976, "The Laugh of the Medusa", trad. K. Cohen y P. Cohen, *Signs* núm. 1, pp. 875- 93.
- Clough, P., 1994, *Feminist Thought: Desire, Power, and Academic Discourse*, Blackwell, Oxford, RU.

- Code, L., 1991, *What Can She Know? Feminist Theory and the Construction of Knowledge*, Routledge, Nueva York.
- Collins, P. H., 1991, *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*, Routledge, Nueva York.
- Collins, P. H., 1997, "Comment on Hekman's 'Truth and Method: Feminist Standpoint Theory Revisited': Truth of Justice?", *Signs*, núm. 22, pp. 375-81.
- Coole, D. H., 1993, *Women in Political Theory: from Ancient Misogyny to Contemporary Feminism*, 2ª ed. Lynne Rienner / Harvester-Wheatsheaf, Boulder, Brighton.
- Coole, D. H., 1994, "Whither Feminisms?" *Polit. Stud.*, núm. 42, pp. 128-34.
- Cornell, D., 1991, *Beyond Accommodation: Ethical Feminism, Deconstruction and the Law*, Routledge, Nueva York.
- Cornell, D., 1992, "Gender, Sex, and Equivalent Rights". Ver Butler y Scott, 1992, pp. 280-96.
- Cornell, D., 1995, *The Imaginary Domain: Abortion, Pornography and Sexual Harassment*, Routledge, Nueva York.
- Cott, N., 1986, "Feminist Theory and Feminist Movements: the Past before Us", en J. Mitchell y A. Oakley (eds.), *What is Feminism: a Re-Examination*, Pantheon Books, Nueva York, pp. 49-62.
- Daly, M., 1978, *Gyn/Ecology: the Metaethics of Radical Feminism*, Beacon, Boston.
- de Beauvoir, S., 1949, *The Second Sex*, trad. H. Parshley, 1953, Knopf, Nueva York.
- de Lauretis, T., 1987, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Indiana University Press, Bloomington, Indianapolis.
- de Lauretis, T., 1990, "Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness", *Fem. Stud.*, núm. 16, pp. 115-50.
- Dean, J., 1996, *Solidarity of Strangers*, University of California Press, Berkeley.
- Delphy, C., 1984, *Close to Home: a Materialist Analysis of Women 's Oppression*, trad. D. Leonard, Hutchinson, Londres.
- Deutscher, P., 1997, *Yielding Gender: Feminism, Deconstruction and the History of Philosophy*, Routledge, Londres.
- Dietz, M. G., 1985, "Citizenship with a Feminist Face: the Problem with Maternal Thinking", *Polit. Theory*, núm. 13, pp. 19-38.
- Dietz, M. G., 1987, "Context Is All: Feminism and Theories of Citizenship", *Daedalus*, núm. 116, pp. 1-24.
- Dietz, M. G., 2002, *Turning Operations: Feminism, Arendt, and Politics*, Routledge, Nueva York.
- Di Stefano, C., 1990, "Dilemmas of Difference: Feminism, Modernity and Postmodernism". Ver Nicholson, 1990, pp. 63-82.
- Di Stefano, C., 1991, *Configurations of Masculinity: a Feminist Perspective on Modern Political Theory*, Cornell University Press, Ithaca.

- Echols, A. 1983, "The New Feminism of Yin and Yang", en A. Snitow, C. Stansell y S. Thompson (eds.), *Powers of Desire: the Politics of Sexuality*, Monthly Review, Nueva York, pp. 439-59.
- Eisenstein, H. y A. Jardine (eds.), 1980, *The Future of Difference*, Rutgers University Press, New Brunswick.
- Elshtain, J. B., 1981, *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*, Princeton University Press, Princeton.
- Elshtain, J. B., 1982, "Antigone's Daughters", *Democracy*, núm. 2, pp. 46-59.
- Elshtain, J. B., 1987, *Women and War*, Basic Books, Nueva York.
- Elshtain, J. B., 1995, *Democracy on Trial*, Basic Books, Nueva York.
- Euben, R., 2001, "Review Essay on Mamdani and Ackerly", *Polit. Theory*, núm. 19, pp. 888-95.
- Fausto-Sterling, A., 1985, *Myths of Gender: Biological Theories About Women and Men*, Basic Books, Nueva York.
- Ferguson, K., 1984, *The Feminist Case Against Bureaucracy*, Temple University Press, Filadelfia.
- Ferguson, K., 1993, *The Man Question: Visions of Subjectivity in Feminist Theory*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles y Oxford.
- Fermon, N., 1998, "Women on the Global Market: Irigaray and the Democratic State", *Diacritics*, núm. 28, pp. 120-37.
- Flax, J., 1980, "Mother-Daughter Relationships: Psychodynamics, Politics and Philosophy". Ver Eisenstein y Jardine, 1980, pp. 20-40.
- Flax, J., 1990, *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism in the Contemporary West*, University of California Press, Berkeley.
- Fraser, N., 1986, "Toward a Discourse Ethic of Solidarity", *Praxis Int.*, núm 5, pp. 425-29.
- Fraser, N., 1989, *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Fraser, N., 1992, "The Uses and Abuses of French Discourse Theories for Feminist Politics". Ver Fraser y Bartky, 1992, pp. 177-94.
- Fraser, N., 1995, "False Antitheses". Ver Benhabib *et al.*, 1995, pp. 59-74.
- Fraser, N., 1997, *Justice Interruptus: Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Fraser, N., Bartky S.L. (eds.), 1992. *Revaluing French Feminism: Critical Essays on Difference, Agency, and Culture*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.
- Fraser, N. y L. Nicholson, 1990, "Social Criticism Without Philosophy: an Encounter Between Feminism and Postmodernism". Ver Nicholson, 1990, pp. 19-38.
- Friedan, B., 1963, *The Feminine Mystique*, Penguin, Harmondsworth RU.

- Fuss, D., 1989, *Essentially Speaking: Feminism, Nature, and Difference*, Routledge, Nueva York.
- Fuss, D., 1992, "Essentially Speaking: Luce Irigaray's Language of Essence". Ver Fraser y Bartky, 1992, pp. 94-112.
- Gallop, J., 1982, *The Daughter's Seduction: Feminism and Psychoanalysis*, Cornell University Press, Ithaca.
- Gilligan, C., 1982, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Harvard University Press, Cambridge.
- Gilligan, C., N. Ward, I.M. Taylor con B. Bardige (eds.), 1988, *Mapping the Moral Domain: a Contribution of Women's Thinking to Psychology and Education*, Harvard Univ. Grad. School Educ., Cambridge.
- Grant, J., 1993, *Fundamental Feminism*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Grosz, E., 1989, *Sexual Subversions: Three French Feminists*, Allen & Unwin, Sydney.
- Grosz, E. 1994, *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*, Indiana University Press, Bloomington.
- Gunew, S., 1991, *A Reader in Feminist Knowledge*, Routledge, Nueva York.
- Haraway, D., 1988, "Situated Knowledges: the Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective, *Fem. Stud*, núm. 14, pp. 575-99.
- Haraway, D., 1990, "A Manifesto for Cyborgs: Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980s". Ver Nicholson 1990, pp. 190-233.
- Haraway, D., 1991, *Simians, Cyborgs and Women: the Reinvention of Nature*, Routledge, Nueva York.
- Harding, S., 1986, *The Science Question in Feminism*, Cornell University Press, Ithaca.
- Harding, S., 1987a, "The Instability of Analytical Categories in Feminist Theory", *Signs*, núm.11, pp. 645-64.
- Harding, S. (ed.), 1987b, *Feminism and Methodology*, Indiana University Press, Bloomington.
- Harding, S., 1991, *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*, Cornell University Press, Ithaca.
- Hartsock, N., 1983, *Money, Sex and Power*, Longman, Londres.
- Hartsock, N., 1987, "The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism". Ver Harding 1987b, pp. 157-80.
- Hartsock, N., 1990, "Foucault on Power: a Theory for Women?". Ver Nicholson 1994, pp. 157-75.
- Hartsock, N., 1997, "Comment on Hekman's 'Truth and Method: Feminist Standpoint Theory Revisited': Truth or Justice?", *Signs*, núm. 22, pp.367-74.
- Hartsock, N., 1998, *The Feminist Standpoint Revisited and Other Essays*, Westview, Oxford, RU.

- Hawkesworth, M., 1989, "Knowers, Knowing, Known: Feminist Theory and Claims of Truth", *Signs*, núm.14, pp.533-57 .
- Hekman, S. J., 1990, *Gender and Knowledge: Elements of a Postmodern Feminism*, Northeastern University Press, Boston.
- Hekman, S. J., 1997, "Truth and Method: Feminist Standpoint Theory Revisited", *Signs*, núm. 22, pp. 341-65.
- Hekman, S. J., 1999, *The Future of Differences: Truth and Method in Feminist Theory*, Polity, Cambridge, RU.
- Held, V., 1990, "Mothering v. Contract", en J. Mansbridge (ed.), *Beyond Self-Interest*, pp. 287-304, University of Chicago Press, Chicago.
- Heyes, C. J., 2000, *Line Drawings: Defining Women Through Feminist Practice*, Cornell University Press, Ithaca y Londres.
- Hirschmann, N. J., 1992, *Rethinking Obligation: a Feminist Method for Political Theory*, Cornell University Press, Ithaca y Londres.
- Honig, B., 1992, "Toward an Agonistic Feminism: Hannah Arendt and the Politics of Identity". Ver Butler y Scott, 1992, pp. 215-35.
- Honig, B., 1993, *Political Theory and the Displacement of Politics*, Cornell University Press, Ithaca.
- Honig, B. (ed.), 1995, *Feminist Interpretations of Hannah Arendt*, State University Press, University Park, Penn.
- Honig, B., 1999, "My Culture Made Me Do It". Ver Okin, 1999, pp. 35-40.
- hooks, b., 1981, *Ain 't I a Woman? Black Women and Feminism*, South End, Boston.
- hooks, b., 1984, *Feminist Theory from Margin to Center*, South End, Boston.
- hooks, b., 1989, *Talking Back: Thinking Feminist. Thinking Black*, South End, Boston.
- hooks, b., 1990, *Yearning: Race. Gender and Cultural Politics*, South End, Boston.
- Hull, G.T., P.B.Scott y B. Smith (eds.), 1982, *All the Women Are White. All the Blacks Are Men. But Some of Us Are Brave: Black Women's Studies*, Feminist, Old Westbury, NY.
- Irigaray, L., 1985a, *Speculum Of the Other Woman*, trad. G. Gill, Cornell University Press, Ithaca.
- Irigaray, L., 1985b, *This Sex Which is Not One*, trad. C. Portero, Cornell University Press, Ithaca.
- Irigaray, L., 1993, *An Ethics of Sexual Difference*, trad. G. Gill y C. Burke, Cornell University Press Ithaca.
- Irigaray, L. 1994, *Thinking the Difference: for a Peaceful Revolution*, trad. K. Montin, Routledge, Nueva York.
- Irigaray, L. 1996, *I Love to You: Sketch of Possible Felicity in History*, trad. A. Martin, Routledge, Nueva York.
- Jaggar, A., 1983, *Feminist Politics and Human Nature*, Harvester, Brighton, RU.

- Jaggar, A., 1998, "Globalizing Feminist Ethics", *Hypatia*, núm. 13, pp. 7-31.
- Jaggar, A. y S. Bordo, 1989, *Gender/Body/ Knowledge: Feminist Reconstructions of Being and Knowing*, Rutgers University Press, New Brunswick y Londres.
- Jones, K. B., 1988, "Towards the Revision of Politics", en K. B. Jones y A. G. Jonasdottir (eds.), *The Political Interests of Gender*, , pp. 11-32, Sage, Chicago.
- Jones, K. B., 1990, "Citizenship in a Woman-Friendly Polity", *Signs*, núm. 15, pp. 781-812.
- Keller, E. F., 1984, *Reflections on Gender and Science*, Yale University Press, New Haven.
- Klein, E., 1986, *Gender Politics: From Consciousness to Mass Politics*, Harvard University Press, Cambridge.
- Kohn, M., 2000, "Language, Power, and Persuasion: toward a Critique of Deliberative Democracy", *Constellations*, núm. 7, pp. 408-29.
- Kristeva, J., 1980, *Desire in Language: a Semiotic Approach to Art and Literature*, trad. L. Roudiez, Columbia University Press, Nueva York.
- Kristeva, J., 1982, *Powers of Horror: an Essay on Abjection*, trad. L. Roudiez, Columbia University Press, Nueva York.
- Kristeva J., 1984, *Revolution in Poetic Language*, trad. M Waller, Columbia University Press, Nueva York.
- Kristeva, J., 1986, "Women's Time", en *The Kristeva Reader*, ed. T. Moi, pp. 187-213, Columbia University Press, Nueva York.
- Kruks, S., 2001, *Retrieving Experience: Subjectivity and Recognition in Feminist Politics*, Cornell University Press, Ithaca.
- Laquer, T., 1990, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Harvard University Press, Cambridge.
- Lara, M.P., 1998, *Moral Textures: Feminist Narratives in the Public Sphere*, Cambridge University Press, Cambridge, RU.
- Lazreg, M., 1988, "Feminism and Difference: the Perils of Writing as a Woman on Women in Algeria", *Fem. Issues*, núm. 14, pp. 81-107.
- Le Doeuff, M., 1989, *The Philosophical Imaginary*, trad. C. Gordon, Athlone, Londres.
- Leland, D., 1992, "Lacanian Psychoanalysis and French Feminism: Toward an Adequate Political Psychology. Ver Fraser y Bartky 1992, pp. 113-35.
- Lister, R., 1997, *Citizenship: Feminist Perspectives*, Macmillan, Basingstoke, RU.
- Lloyd, G., 1993, *The Man of Reason: 'Male' and 'Female' in Western Philosophy*, Routledge, Londres.
- Lorde, A., 1984, *Sister/Outsider*, Crossing, Freedom, CA.
- Lovenduski, J., 1998, "Gendering Research in Political Science", *Annu. Rev. Polit. Sci.*, núm. 1, pp. 333- 56.
- Lovibond, S., 1989, "Feminism and Postmodernism", *New Left Rev.*, núm. 178, pp. 5-28.

- Lugones, M. C., 2000, "Multiculturalism and Publicity", *Hypatia*, núm. 15, pp.175-81.
- Lugones, M. C. y E. Spelman, 1983, "Have We Got a Theory for You! Feminist Theory, Cultural Imperialism, and the Demand for the Women's Voice", *Women's Stud. Int. Forum*, vol. 6, núm. 6, pp. 573-81.
- MacKinnon, C. A., 1983, "Feminism, Marxism, Method and the State: an Agenda for Theory", en *Signs Reader: Women, Gender and Scholarship*, ed. E. Abel y E. K. Abel, pp. 277-56, University of Chicago Press, Chicago.
- MacKinnon, C. A., 1987, *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law*, Harvard University Press, Cambridge.
- MacKinnon, C. A., 1989, *The Feminist Theory of the State*, Harvard University Press, Cambridge.
- MacKinnon, C. A., 2000, "Points against Postmodernism", *Chicago Kent Law Rev.*, núm. 75, pp.687-712.
- Mansbridge, J., 1990, "Feminism and Democracy", *Am. Prospect*, núm.1, pp. 117-31.
- Marks E. e I. de Courtivron (eds.), 1980, *New French Feminisms*, University of Massachusetts Press, Amherst.
- McAfee, N., 2000, *Habermas, Kristeva, and Citizenship*, Cornell University Press, Ithaca y Londres.
- Mendus, S., 1992, "Losing the Faith: Feminism and Democracy", en J. Dunn (ed.) *Democracy: the Unfinished Journey 508 BC to AD 1993*, pp. 207-19, Oxford University Press, Oxford, RU.
- Meyers, D., 1992, "The Subversion of Women's Agency in Psychoanalytic Feminism: Chodorow, Flax, Kristeva". Ver Fraser y Bartkey 1992, pp. 136-60.
- Miller, J.B., 1976, *Towards a New Psychology of Women*, Beacon, Boston.
- Millet, K., 1970, *Sexual Politics*, Doubleday, Nueva York.
- Minow, M., 1990, *Making All the Difference*, Cornell University Press, Ithaca.
- Mitchell, J., 1973, *Woman's Estate*, Penguin, Harmondsworth, RU.
- Moghadam, V., 1989, "Against Eurocentrism and Nativism", *Soc. Democr. f/w*: 81-104.
- Mohanty, C.T, 1991, "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses". Ver Mohanty *et al.*, 1991, pp. 51-80.
- Mohanty, C.T, A. Russo y L. Torres, 1991, *Third World Women and the Politics of Feminism*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.
- Moi, T., 1985, *Sexual/Textual Politics*, Methuen, Nueva York.
- Moi, T. (ed.), 1987, *French Feminist Thought*, Blackwell, Oxford.
- Moraga, C. y G. Anzaldúa (eds.), 1983, *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Kitchen Table/Women of Color Press, Nueva York.
- Mouffe, C., 1992, "Feminism, Citizenship, and Radical Democratic Politics". Ver Butler y Scott 1992, pp. 369-84.

- Mouffe, C., 1993, *The Return of the Political*, Verso, Londres
- Mouffe, C., 2000, *The Democratic Paradox*, Verso, Londres.
- Moya, P., 1997, "Postmodernism, 'Realism', and the Politics of Identity: Cherrie Moraga and Chicana Feminism. Ver Alexander y Mohanty 1997, pp. 125-50.
- Narayan, U., 1997, "Towards a Feminist Vision of Citizenship: Rethinking the Implications of Dignity, Political Participation and Nationality". Ver Shanley y Narayan, 1997, pp. 48- 67.
- Nash, K., 1998, "Beyond Liberalism? Feminist Theories of Democracy", en V. Randall y G. Waylen (eds.), *Gender; Politics and the State*, Routledge, Londres y Nueva York, pp. 45-57.
- Nicholson, L. (ed.), 1990, *Feminism/Postmodernism*, Routledge, Nueva York.
- Nicholson, L., 1994, "Interpreting Gender", *Signs*, vol. 20, núm. 1, pp. 79-105.
- Noddings, N., 1984, *Caring: a Feminine Approach to Ethics and Moral Education*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
- Norton, A., 2001, "Review Essay on Euben, Okin, and Nussbaum", *Polit. Theory*, núm. 29, pp. 736- 49.
- Nussbaum, M. C., 1995, "Human Capabilities, Female Human Beings", en M. Nussbaum y J. Glover (eds.), *Women, Culture, and Development: a Study of Human Capabilities*, Clarendon, Oxford, RU, pp. 61-104.
- Nussbaum, M. C., 1999a, *Sex and Social Justice*, Oxford University Press, Oxford, RU.
- Nussbaum, M. C., 1999b, "The Professor of Parody", *New Repub*, vol. 2, núm. 22, pp. 37-45.
- Nussbaum, M. C., 2000, *Women and Human Development: the Capabilities Approach*, Cambridge University Press, Cambridge, RU.
- O'Brien, M., 1981, *The Politics of Reproduction*, Routledge/Kegan & Paul, Londres.
- Okin, S. M., 1978, *Women in Western Political Thought*, Princeton University Press Princeton.
- Okin, S. M., 1986, "Are Our Theories of Justice Gender-neutral?", en R. Fullinwider y C. Milis (eds.), *The Moral Foundations of Civil Rights*, pp. 125-43, Rowman & Littlefield, Totowa.
- Okin, S. M., 1998, "Feminism, Women's Human Rights, and Cultural Differences", *Hypatia*, núm 13, pp. 32-52.
- Okin, S. M., 1989a, *Justice, Gender, and the Family*, Basic Books, Nueva York.
- Okin, S. M., 1989b, "Reason and Feeling in Thinking About Justice", *Ethics*, núm. 99, pp. 229-49.
- Okin, S. M., 1995, "Inequalities between the Sexes in Different Cultural Contexts". Ver Nussbaum y Glover 1995, pp. 274-97.
- Okin, S. M., 1999, *Is Multiculturalism Bad for Women?*, Princeton University Press, Princeton.

- Pateman, C., 1988, *The Sexual Contract*, Polity, Oxford, RU.
- Pateman, C., 1989, *The Disorder of Women: Democracy, Feminism and Political Theory*, Stanford University Press, Stanford.
- Phelan, S., 1989, *Identity Politics*, Temple University Press, Filadelfia.
- Phelan, S., 1994, *Getting Specific: Postmodern Lesbian Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Phillips, A., 1991, *Engendering Democracy*, Pennsylvania State University Press, University Park.
- Phillips, A., 1993, *Democracy and Difference*, Pennsylvania State University Press, University Park.
- Phillips, A., 1995, *The Politics of Presence*, Clarendon Oxford, RU.
- Pitkin, H., 1984, *Fortune is a Woman: Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
- Plaza, M., 1978, "Phallogomorphic Power' and the Psychology of 'Woman'", *Ideol. Conscious.*, núm. 4, pp.57-76.
- Putnam, R., 1995, "Why not a Feminist Theory of Justice?", en Nussbaum y Glover 1995, pp. 298-331.
- Rich, A., 1976, *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, Norton, Nueva York.
- Rich, A., 1983, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en E. Abel y EK. Abel (eds.), *The Signs Reader: Women. Gender and Scholarship*, pp. 139-68, University of Chicago Press, Chicago.
- Riley, D., 1988, "Am I That Name?" *Feminism and the Category of "Women" in History*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Rohde, D., 1989, *Justice and Gender*, Harvard University Press, Cambridge.
- Rose, H., 1983, "Hand, Brain and Heart: a Feminist Epistemology for the Natural Sciences", *Signs*, núm. 9, pp. 73-90.
- Rowbotham, S., 1992, *Woman's Consciousness: Man 's World*, Penguin, Harmondsworth, RU.
- Rubin, G., 1975, "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex", en R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review, Nueva York, pp. 157-210.
- Ruddick, S., 1989, *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace*, Beacon, Boston.
- Sandoval, C., 1991, "US Third World Feminism: the Theory and Method of Oppositional Consciousness in the Postmodern World", *Genders*, núm.10, pp. 1-24.
- Sanders, L., 1997, "Against Deliberation", *Polit. Theory*, núm. 25, pp. 347-76.
- Sassen, S., 1998, *Globalization and Its Discontents*, The New Press, Nueva York.
- Scheman, N., 1993, *Engenderings: Constructions of Knowledge. Authority, and Privilege*, Routledge, Nueva York y Londres.

- Schiebinger, L. L., 1989, *The Mind Has No Sex? Women in the Origins of Modern Science*, Harvard University Press, Cambridge.
- Schwab, G., 1998, "Sexual Difference as Model: an Ethics for the Global Future", *Diacritics*, núm. 28, pp. 76-92.
- Scott, J., 1988a, "Gender: a Useful Category of Historical Analysis", en J. Scott (ed.), *Gender and the Politics of History*, Columbia University Press, Nueva York, pp. 28-52.
- Scott, J., 1988b, "Deconstructing Equality-versus-Difference: or the Uses of Post-structuralist Theory for Feminism", *Fem. Stud.* núm. 14, pp. 33-50.
- Scott, J., 1992, "Experience". Ver Butler y Scott 1992, pp. 22-40.
- Scott, J., 1996, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Harvard University Press, Cambridge.
- Sevenhuijsen, S., 1998, "Paradoxes of Gender; Ethical and Epistemological Perspectives on Care in Feminist Political Theory", *Acta Polit.*, núm. 28, pp. 139-49.
- Shachar, A., 1998, "Group Identity and Women 's Rights in Family Law: the Perils of Multicultural Accommodation", *J. Polit. Phil.*, núm. 6, pp. 285- 305.
- Shanley, M. L. y C. Pateman (eds.), 1990, *Feminist Interpretations and Political Theory*, Polity, Cambridge.
- Shanley, M. y U. Narayan (eds.), 1997, *Reconstructing Political Theory: Feminist Perspectives*, Pennsylvania State University Press, University Park.
- Smiley, M., 1992, *Moral Responsibility and the Boundaries of Community*, University of Chicago Press, Chicago.
- Smith, B. (ed.), 1983, *Home Girls: a Black Feminist Anthology*, Kitchen Table/Women of Color Press, Nueva York.
- Smith, D., 1987, *The Everyday World as Problematic: a Feminist Sociology*, Northeastern University Press, Boston.
- Smolin, D., 1995-1996, "Will International Human Rights Be Used as a Tool of Cultural Genocide? The Interaction of Human Rights Norms, Religion, Culture and Gender", *J. Law Relig.*, núm. 12, pp. 143-71.
- Snitow, A., 1989, "Pages from a Gender Diary: Basic Divisions in Feminism, *Dissent* núm. 36, pp. 205- 224.
- Spelman, E.V., 1989, *Inessential Woman: Problems of Exclusion in Feminist Thought*, Beacon, Boston.
- Spinner-Halev, J., 2001, "Feminism, Multiculturalism, Oppression, and the State", *Ethics*, núm. 112, pp. 84-113.
- Spivak, G. C., 1988, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Routledge, Nueva York.
- Tickner, A., 1992, *Gender in International Relations: Feminist Perspectives on Achieving Global Security*, Columbia University Press, Nueva York.

- Trinh, T. Mh., 1989, *Woman. Native. Other: Writing Postcoloniality and Feminism*, Indiana University Press, Bloomington.
- Trinh, T. Mh., 1990, "Not You/Like You: Post-Colonial Women and the Interlocking Questions of Identity and Difference". Ver Anzaldúa 1990, pp. 371-75.
- Tong, R., 1989, *Feminist Thought: a Comprehensive Introduction*, Westview, Boulder.
- Tronto, J. C., 1987, "Beyond Gender Difference to a Theory of Care", *Signs*, núm. 12, pp. 644-63 .
- Tronto, J. C., 1989, "Women and Caring: What can Feminists Learn About Morality from Caring?". Ver Jaggar y Bordo 1989, pp. 172-87.
- Tronto, J. C., 1993, *Moral Boundaries: a Political Argument for an Ethic of Care*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Walker, M. U., 1998, *Moral Understandings: a Feminist Study in Ethics*, Routledge, Nueva York y Londres.
- Webster, F., 2000, "The Politics of Sex and Gender: Benhabib and Butler Debate Subjectivity", *Hypatia*, núm. 15, pp. 1-22.
- Weeks, K., 1998, *Constituting Feminist Subjects*, Cornell University Press, Ithaca.
- Whitford, M., 1991, *Luce Irigaray: Philosophy in the Feminine*, Routledge, Londres.
- Wittig, M., 1976, *The Lesbian Body*, trad. P. Owen, Avon, Nueva York.
- Wittig, M., 1980, "The Straight Mind", *Fem. Issues*, núm. 1, pp. 47-54.
- Yeatman, A., 1994, *Postmodern Revisions of the Political*, Routledge, Nueva York.
- Yeatman, A., 1998, "Feminism and Citizenship, en N. Stevenson (ed.), *Cultural Citizenship*, Routledge, Nueva York y Londres, pp. 138-52.
- Young, I. M., 1981, "Beyond the Unhappy Marriage: a Critique of the Dual Systems Theory", en L. Sargent (ed.), *Women and Revolution: a Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, Black Rose Books, Montreal, pp. 43-69.
- Young, I. M., 1990, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton University Press, Princeton.
- Young, I. M., 1997a, "Unruly Categories: a Critique of Nancy Fraser's Dual Systems Theory", *New Left Rev.*, núm. 222, pp. 147-60.
- Young, I. M. 1997b, *Intersecting Voices: Dilemmas of Gender, Political Philosophy and Policy*, Princeton University Press, Princeton.
- Young, I. M., 2000, *Inclusion and Democracy*, Oxford University Press, Oxford, RU.
- Yuval-Davis, N., 1997, *Gender and Nation*, Sage, Londres.
- Zakin, E., 2000, "Bridging the Social and the Symbolic: Toward a Feminist Politics of Sexual Difference", *Hypatia*, núm. 15, pp. 19-44.
- Zerilli, L. M. G., 1994, *Signifying Woman: Culture and Chaos in Rousseau. Burke and Mill*, Cornell University Press, Ithaca.

Zerilli, L. M. G., 1998a, "This Universalism Which Is Not One", *Diacritics*, núm. 28, pp. 3-20.

Zerilli, L. M. G., 1998b, "Doing Without Knowing: Feminism's Politics of the Ordinary", *Polit. Theory*, núm. 26, pp. 435-58.

Zerilli, L. M. G., 2000, "Feminism's Flight from the Ordinary", en J. Frank y J. Tambomino (eds.), *Vocations of Political Theory*, University of Minnesota Press, Minneapolis y Londres, pp. 166-86.